



Pius IX.

LOS ÚLTIMOS ATENTADOS DE ROMA.

A la historia de Pio IX, de imperecedera y santa memoria, le faltaba sin duda una página en la cual, como en todas las de su glorioso pontificado, constara de un modo evidente el amor, respeto y hasta veneración que le profesan todos los católicos, y el odio irreconciliable y profundo que le tuvieron siempre los revolucionarios, cuyas máscaras arrancó con sabia y vigorosa mano para preservar de los errores que propalaban á los hijos de la Iglesia. Esta página será la traslación de sus restos mortales.

En su testamento habia dispuesto que su cadáver fuese sepultado en la iglesia de San Lorenzo extramuros, debajo del pequeño arco existente bajo las llamadas parillas, ó sea en la piedra en que se muestran las manchas de sangre del martirio del ilustre Levita, ordenando en su humildad que los gastos no excedieran de cuatrocientos escudos.

Terminada la construcción del monumento, en la noche del 13 de Julio se cumplió su última disposición. Sus ejecutores testamentarios, cardenales Monaco de la Valetta, Simeoni y Mertel, obtuvieron del Pontífice reinante, Leon XIII, la facultad de exhumar y trasladar los venerables restos de la basilica Vaticana á la de San Lorenzo; y puestos de acuerdo con el Cabildo Vaticano se verificó la ceremonia, habiendo querido dicho Cabildo, en prueba de su amor á Pio IX, encargarse de todos los gastos de la misma.

Al efecto, á las primeras horas de la noche, despejada la basilica Vaticana, se reunieron el Cabildo, Mons. Ricci, mayordomo de Su Santidad, delegado de los Cardenales herederos para representarles y cumplir en su nombre todos los actos concernientes á la exhumación y traslación del venerable cadáver, Mons. Macchi y Sanminiatelli, camarero y limosnero respectivamente de Leon XIII, además de muchos dignatarios de la Corte pontificia, especialmente los Prelados que tuvieron el honor de servir al difunto Papa. Al toque de la oración empezó á derribarse el sepulcro interino, y á los pocos momentos

apareció la caja, que fué colocada en unas andas y rodeada de todos los canónigos y beneficiados con antorchas encendidas. Levantada la cubierta de la primera caja, se reconocieron los sellos de la de plomo en presencia de los asistentes Mons. Aquiles Apolloni, muchos Padres Dominicos de Moliterno, el Superior del convento de Capuchinos y Rector de la iglesia de San Lorenzo extramuros, el Protonotario apostólico, monseñor Luis Pieroli, decano; Francisco Mercurelli, subdecano; Vicente Nussi y Carlos Nocella, los cuales, junto con los canónigos de la Basílica, testificaron el acto del reconocimiento. Cerrada la caja y cubierta con un rico paño encarnado recamado de oro, fué llevada procesionalmente á la capilla del coro. Allí, rezadas las preces de difuntos, Mons. Folicaldi hizo la absolución al rededor del cadáver, que fué luego trasladado á la puerta de Santa Marta, en donde se leyó el acta de reconocimiento de los sellos y la delegación que hacia el Cabildo á los canónigos Folicaldi, decano, Negrotto, Casali, Volpe, elegidos para acompañar los restos del Pontífice á la iglesia de San Lorenzo. Cumplidas todas estas formalidades, el féretro fué colocado en un carro cubierto con las colgaduras que adornan los cadáveres de los Pontífices Romanos, tirado por cuatro caballos negros.

Las carrozas que debían seguir el carro fúnebre estaban ocupadas, la primera por Mons. Folicaldi, arzobispo, acompañado del Cura de San Pedro y de dos Maestros de ceremonias con cruces; la segunda por cuatro canónigos delegados del Cabildo; la tercera por monseñores Ricci, Macchi, Sanminiatielli y Morinelli Sacrista, en representación de Su Santidad; la cuarta por los cuatro Protonotarios apostólicos, encargados del acta de reconocimiento; y por último, las demás carrozas las ocupaban el reverendo Rector de la iglesia de San Lorenzo y varios canónigos.

La plaza del Vaticano presentaba un aspecto conmovedor, llena completamente de una apiñada multitud ansiosa de dar un testimonio de veneración al difunto. A las doce de la noche se iluminó como por encanto el espacio con fuegos de bengala. Del arco que da ingreso á la plaza de Santa Marta apareció el carro fúnebre, cuya sencillez aumentaba la sublimidad de aquel acto espontáneo con que el pueblo de Roma quiso tributar el último homenaje al que fué su querido padre. Abría la marcha del cortejo fúnebre un escuadrón de Questorini y municipales con sus respectivos jefes y acompañados de un delegado. El primer tronco del carro fúnebre era guiado por un postillon del palacio con casaca negra y corta, pantalón blanco, sombrero de dos puntas, botas y un velo de tul en el brazo izquierdo. El cochero vestía del mismo modo. Sobre el paño encarnado con adornos de oro y las armas pontificias, que cubría el féretro, se colocó una sencilla almohada también de color encarnado: cuatro elegantes lámparas ardían en los cuatro ángulos del carro. Al rededor de éste iban entonando salmos ocho sacerdotes con sobrepelliz llevando cirios. Seguían las carrozas y en ambos lados una hilera de más de dos mil acompañantes con cirios rezando el santo Rosario, representantes de varias asociaciones y corporaciones que sería difuso enumerar.

Para dar una idea de esta procesión á los que han vi-

sitado aquella ciudad, bastará decir que cuando el carro fúnebre entraba en la calle del Borgo Nuovo, los últimos acompañantes se hallaban aún en la escalinata de la Basílica. Todos los balcones, ventanas y puertas del tránsito estaban llenos de gente. La inmensa mayoría fueron iluminados, y una lluvia de flores caía sobre el féretro. En las puertas de las iglesias por donde pasaba el cortejo había una representación del clero con hachas encendidas, y en el umbral de los palacios de los nobles una hilera de lacayos con ricas libreas y antorchas encendidas. Puede decirse que toda la ciudad romana tomaba parte en esta manifestación, prueba elocuente de los sentimientos que la animan.

Para que resaltaran más estos sentimientos Dios permitió que la revolución rugiera al rededor del féretro de Pio IX, como había rugido sin cesar al rededor de su trono, que convirtió en Calvario para unir á su corona de rey, de sabio y de santo la corona del martirio. No puede darse más infamia, ni más cinismo. Junto al restaurant que hay en la plaza Rusticucci empezó á promoverse un alboroto que no tuvo consecuencias. En el puente de San Angelo un grupo de dos á trescientos individuos, la mayor parte estudiantes y forasteros, empezaron á vociferar: «¡Arrojadle al río! ¡viva el Rey! ¡viva Garibaldi! ¡muera el Papa! ¡muera los Curas!» etc. Desde allí ya no cesaron los gritos y los insultos por el mismo grupo, que iba tomando la delantera al cortejo y aguardándole en las plazas y boca-calles de la carrera.

A los denuestos siguieron las piedras y los puñetazos y bastonazos, que obligaron á los que asistían á la procesión á tomar una actitud defensiva. Entre las varias hazañas que llevaron á cabo los partidarios de la *libertad* ó más bien dicho de la licencia, se cuenta que en la *Via Nazionale* un grupo de *héroes* entonó el himno de Garibaldi y echó á correr; del tumulto que se promovió en la plaza del *Gesù* un joven salió herido de gravedad; en la plaza de la Independencia, á un prelado que iba en una de las carrozas le asestaron un tremendo puñetazo, trataron de robarle el sombrero y le escupieron al rostro; en la basílica de San Lorenzo un prelado llevaba en un pañuelo una piedra de las que le habían arrojado sin tocarle y que guardaba como testimonio de la moderna civilización: ante la misma Basílica un grupo numeroso de patriotas se arrojó al carro para arrebatarse el féretro, que fué defendido con gran valor por muchos jóvenes que formaron un muro inexpugnable con las llamas de las antorchas: en vista de esto los *valientes* se retiraron lanzándoles piedras y salivazos, y llenándoles de insultos. Entonces el Sr. Bacco, questor de Roma, hizo despejar la plaza. Las fuerzas que acudieron, y que desde el principio podían cortar los atropellos, arrestaron á catorce sujetos, siendo auxiliados doce entre heridos y contusos.

A las dos menos cuarto de la mañana llegó el cortejo á la basílica de San Lorenzo, que estaba espléndidamente iluminada y adornada con propiedad. Salieron á recibir el cadáver los cardenales La Valetta, Simeoni y Mertel, revestido el primero de pontifical. Los Superiores de la insigne Orden de Capuchinos y la Comunidad de la misma, Custodios de la Basílica y los miembros de las Cofradías del Traspasati y de la Inmaculada Concepción formaban una doble hilera á la puerta del templo con

cirios. El féretro fué llevado procesionalmente al sepulcro, haciendo la absolucion el Cardenal Vicario. Despues de extendida el acta el mismo Cardenal dió comienzo á la santa Misa, que celebró en el altar de la cripta sobre el sepulcro de los santos Lorenzo y Estéban, celebrándose al mismo tiempo el santo Sacrificio en todos los demás altares del templo y de la sacristía hasta las doce y media, llena siempre la Basilica de un numeroso concurso, con que los fieles protestaban tanto de los escándalos de la noche última, como de su amor á Pio IX y al actual Pontífice.

Despues de este sencillo relato, verdad en todas sus partes, ¿qué necesidad hay de consideraciones sobre el estado de la Iglesia en Roma? ¿Qué contestarán en adelante los que se burlan de la prision del Papa vivo, cuando no hay respeto, sino burlas y sangre para un Papa muerto? ¿Qué decir de un Gobierno que tal consiente, sino que él es el primer verdugo de la Iglesia?

«Hoy ha sido insultado el cadáver de Pio IX, ¿y qué seguridad puede haber de que mañana la sagrada persona de Leon XIII no sea objeto de iguales insultos? ¿No es de temer que lo que ha sucedido con el cadáver de su venerable antecesor le suceda á él á la hora menos pensada, aún sin salir del Vaticano, donde se halla en verdadero cautiverio?

«Hé aquí por qué reclama la Iglesia con tanto afán la soberanía temporal de la Santa Sede, en la actualidad más necesaria que nunca para el libre ejercicio del poder espiritual. El mundo católico tiene el derecho de exigir que el oráculo infalible de su fe sea libre é independiente, y el mundo católico no puede tener certeza, como la necesita, de que es independiente y libre el Papa, sino cuando es soberano, porque sólo el soberano no depende de nadie. Y véase cómo la cuestion de soberanía, que puede ser política en todas partes, es en Roma una cuestion esencialmente religiosa. En Roma no puede haber pueblo soberano, ni asambleas soberanas, ni reyes, ni dictadores, ni cónsules, ni tribunos. En Roma no puede haber más soberano que el Papa, mal que les pese á los sectarios. Los Estados del Papa pertenecen al mundo católico, y el mundo católico quiere que se le respeten para que sea libre é independiente. Ni el mismo Papa puede despojarse de su libertad é independencia (1).»

«Despertad, pueblos cristianos. Despierten las naciones católicas: despierten todas las que tengan católicos en su seno, y aún las que no los tengan, si hubiere alguna de éstas. No toleren que se les ultraje, y se las ultraje con ignominia, como acaba de suceder en Roma, porque sino quedarán eternamente mancilladas. ¡Qué! ¿Ha llegado ya la especie humana á tal estado de postracion que consienta se la vilipendie sin volver por su dignidad y por su honra? ¿Han llegado ya las naciones á tal punto de degradacion que miren indiferentes el látigo con que se las azota, y por unos cuantos malvados? ¿Hemos llegado ya á tal extremo de bajeza de ánimo, que no tengamos aliento para deshacer á un puñado de cobardes perversos que hieren nuestras mejillas, y en nuestra propia tierra, cual es Roma para todos los católicos (2)?»

(1) Carta pastoral del eminentísimo Cardenal-Arzbispo de Toledo.

(2) Carta pastoral del ilustrísimo señor Obispo de Osma.

Creemos oportuno continuar aquí el siguiente documento que con el título *Vita Papæ* y escrito en pergamino fué enterrado en el ataud de Pio IX despues de su fallecimiento. Dice así:

RESTOS MORTALES DE PIO IX, SOBERANO PONTÍFICE.

Este que aquí yace nació el 13 de Mayo de 1792 en Sinigaglia, cuarto hijo habido en el matrimonio del conde Jerónimo Mastai Ferretti y la condesa Catalina Solazzi, recibiendo en el bautismo el nombre de Juan María. Cursó la primera enseñanza en Volterra con los Padres de las Escuelas Pias, y luego siguió sus estudios mayores en Roma. Fué promovido al sacerdocio en 1819, y celebró su primera misa el día de Pascua en la iglesia de huérfanos de Santa Ana, que lleva el nombre de su fundador *Tata Giovanni*, cuyo hospital se le encomendó.

En seguida entró de familiar del obispo Juan Muzy, que habia sido nombrado delegado y vicario apostólico para Chile y otras comarcas de la América meridional, y dejó á Roma en 1823. Mas á su vuelta en 1825, Leon XII, de santa memoria, le encomendó el Hospicio apostólico, y dos años despues fué preconizado y consagrado arzobispo de Spoleto.

Tenia todas las cualidades de un excelente prelado, y sobre todo caridad y prudencia, de lo cual dió brillantes ejemplos, ya en 1831, cuando encargado de una delegacion extraordinaria en Spoleto y Perugia, apaciguó á los rebeldes de estas provincias con solo su política, repartiendo entre ellos socorros para que pudieran volver á sus casas, y haciéndoles entregar á ellos mismos las armas, que luego envió á Roma; ya al año siguiente, ocupándose con ardor en la salvacion del pueblo, afligidísimo por los terremotos de Umbria. Sus brillantes méritos persuadieron á Gregorio XVI que seria útil su traslacion á Imola, sede que vacaba por entonces, y allí se mostró á toda la altura de su cargo pastoral. Fué el primero de los Prelados italianos que estableció canónicamente y extendió en su diócesis la *Obra de la propagacion de la fe*.

Entre otros, dió un brillante ejemplo de valor y de caridad episcopal en 1846, cuando estando en oracion una tarde en la catedral, salvó él solo á un hombre perseguido por tres sicarios. Atendido todo esto, el Papa le reservó *in petto* en el Consistorio de 23 de Diciembre de 1839, y le ornó con la púrpura el 14 de Diciembre del siguiente año.

Cuando llegó á su noticia la muerte de Gregorio XVI, fué á Roma para la eleccion del nuevo Pontífice; y habiendo tenido todos los votos con una prontitud maravillosa, fué elevado á la Cátedra de san Pedro. Sin embargo, los enemigos de la Religion y del orden público cambiaron bien pronto en duelo la alegria que todos habian sentido al anuncio de una cosa tan poco acostumbrada; y habiendo estallado una rebelion, en tal aprieto se vió el Pontífice, que pudo á duras penas y con el particular auxilio de Dios salvarse de ella y refugiarse en Gaeta.

El Rey de Nápoles le recibió con mucho cariño y respeto, al propio tiempo que le llegaban testimonios de veneracion y presentes de todo el universo católico. Preocupando su espíritu los daños que la Religion experimentaba, los derechos de la Santa Sede completamente desatendidos, y los pueblos engañados por los embaucadores, dió testimonio público de que así lo reconocia en Alocuciones y Letras apostólicas; expuso á los fieles el estado miserabilísimo de los asuntos religiosos; imploró el socorro de los príncipes católicos, y puso patente á los pueblos la verdadera naturaleza de los designios de los enemigos de la Iglesia.

Por separado trató del restablecimiento de la jerarquía eclesiástica en Inglaterra, de largo tiempo destruida; y á causa de su insigne piedad á la Madre de Dios, anunció á todo el Episcopado las informaciones que se habian hecho de su orden para la definicion de la Concepcion Inmaculada, y suplicó á todos que uniesen sus oraciones á las suyas y le diesen cuenta de la tradicion que sobre ello estuviera en vigor en sus diócesis.

Llevado á Roma por las armas cristianas, no tuvo menos cuidado de la Iglesia oriental que de la occidental. Y de la misma manera que el año 1847 habia establecido la jurisdiccion del patriarca latino de Jerusalem, y al año siguiente habia confirmado la eleccion del patriarca de Babilonia para los caldeos, así más tarde se esforzó, con celo infatigable, en proteger, levantar y conciliar entre sí las Iglesias orientales trabajadas por el cisma, las disputas y las disensiones, ensayando nuevas reglas de conducta, aumentando el número de los obispos,

los oficios, sus recompensas, y aún enviando un delegado apostólico y un legado *à latere*.

Nada omitió para que cesara la persecucion de la religion católica en Rusia, ó para dulcificarla cuando menos, ora por medio de convenciones que proponia, ora entendiéndose con los ministros del Imperio, ora promoviendo peticiones públicas, ora dirigiéndose él mismo al emperador, ora enviando un delegado especial, al paso que durante todo este tiempo no cesaba de defender y animar á los rutenos y consolar á los polacos. Y como en todas partes los asuntos religiosos se encontraban mal, puso toda su diligencia en estipular con la mayor parte de los Estados convenciones por las cuales los derechos y la libertad de la Iglesia quedaran á salvo. No cesó jamás de descubrir, refutar y condenar por medio de encíclicas, alocuciones, discursos públicos, cartas á los obispos y á particulares, los errores que son causa de tantos males, y nominalmente las maquinaciones de la francmasonería. Publicó el *Syllabus*, que será perpétuamente el martillo de todos los errores; y, en fin, convocó y reunió un concilio ecuménico á fin de que, proponiendo en él claramente y confirmando la verdadera doctrina sobre Dios, la Iglesia y la infalibilidad del Soberano Pontífice, se cierre la puerta á todos los sofismas.

Aun cuando tanto se esforzó en dar por el pié al reino de Satan, se aplicó con igual celo á dilatar el reino de Cristo, á inflamar la fe y la piedad de los católicos, y á procurarles nuevos y celestiales socorros; restableció la jerarquía eclesiástica en Inglaterra y Holanda, y trató de su restablecimiento en Escocia, cuando le asaltó la muerte. Envió misioneros hasta las extremidades de la tierra; aprobó un gran número de nuevas Comunidades religiosas apropiadas á las necesidades particulares del pueblo; favoreció con ardor las Asociaciones católicas instituidas para el sostenimiento de la Iglesia y utilidad del prójimo; unió más estrechamente la Iglesia universal al santísimo Corazón de Jesús; le dió por patrono á san José; entre los héroes cristianos, cuyas acciones podían dar evidentemente aliento y ser su proteccion un auxilio, inscribió once en la lista de los bienaventurados y cincuenta y dos en la de los Santos; aumentó, en fin, la confianza y el culto á la Madre de Dios por la definición de su Inmaculada Concepcion, siendo tal su cuidado en amplificar realmente la Iglesia, que añadió veinte y nueve sillas metropolitanas á las que habia, ciento treinta y dos obispos, tres obispos *nullius diocesis*, tres delegaciones apostólicas, treinta y tres vicariatos apostólicos y quince prefecturas apostólicas.

Aunque se encontraba bajo una potencia hostil, defendió todos los días vigorosamente los derechos de la Iglesia y de la Santa Sede; reprochó severísimamente con libertad apostólica á los gobernantes el crimen de usurpacion sacrilega y pública, y renovó contra ellos las censuras más latas. Veló por el resplandor del culto divino; reedificó, reparó y exornó los templos con un lujo real, y suministró recursos y ornamentos sagrados lo mismo á los de su estancia que á los de fuera. Propuso un método de estudios para el mayor adelantamiento de la ciencia sólida; estableció universidades católicas; erigió seminarios, gimnasios, escuelas; en fin, en todas partes dejó monumentos de su munificencia: su liberalidad fué tan grande, que llegada á sus manos le parecia que no era para él, sino para los demás.

Como reunia á todas estas virtudes una bondad y una afabilidad verdaderamente singulares, se atraía el corazón de cuantos le visitaban, hasta el punto de elevar el respeto y la devoción debidos al Vicario de Jesucristo al último grado del más ardiente amor. Así lo probaban los mensajes y frecuentes peregrinaciones de fieles, sobre todo en los años de Jubileo de su presbiterado, de su episcopado y de su pontificado, dando con ello pruebas enteramente desacostumbradas de la piedad filial y del ardentísimo amor de todo el universo católico.

Fué entre todos los Papas el único que estuvo sentado treinta y un años, siete meses y veinte y dos días en la Silla de san Pedro; y murió á la edad de 86 años, el 7 de Febrero de 1878.

EL CATOLICISMO EN MADAGASCAR.

(Continuacion).

§ 3.— Los católicos no serán sepultados en la tumba de familia.

Para hacerse cargo de cuán terrible es esta amenaza para los malgaches, hay que saber la importancia que atribuyen al sepulcro de familia. Desde luego cada una debe tener el suyo; esto es de rigor. De modo que, no obstante la pasión del dinero, tan hondamente arraigada

en el corazón de este pueblo, no se perdonarán intereses adquiridos con luengos años de economía, ni habrá inconveniente, si es necesario, en desprenderse de una parte del patrimonio, para la construccion de la tumba. Tampoco vacilarán en imponerse grandes sacrificios para ir á recoger los despojos mortales de un pariente á quien la muerte haya sorprendido en la extremidad de la isla, lo cual supone á veces un viaje de algunos meses, con enormes fatigas y gastos pecuniarios relativamente considerables. Ciertas tachas físicas ó morales excluyen de la tumba de familia; tales son la lepra, las viruelas y una sentencia judicial pronunciada en méritos de delitos excepcionales. La esclavitud constituye otro caso de exclusion, no siendo raro que algunas familias rescaten el cuerpo de su pariente muerto esclavo, para que puedan introducirlo en su tumba.

¿Se comprende ahora cómo, al amenazar á los católicos con excluirlos del sepulcro de familia, se les trata de leprosos, esclavos y aún malhechores de peor especie? Pues con frecuencia se ha acudido á esta amenaza.

Si es una familia entera la que se convierte, sucede á veces que la casta á que pertenece la arroja en cierto modo de su seno, rehusando tener con ella las relaciones de costumbre. Hé aquí un hecho muy reciente:

«Mi tío, nos escribía uno de nuestros adherentes, acaba de morir: cuando hubo que enterrarle, los protestantes se negaron á ayudarnos, como es costumbre en el país, donde la tribu entera contribuye á este acto.

«Veremos, decían, si los Padres lo enterrarán con su «dinero. En cuanto á nosotros, ni enterraremos á los católicos, ni queremos que ellos nos entierren.» Obligáronse con juramento á no tener nada de comun con los católicos, *ni en la dicha ni en la adversidad*. Esta fórmula equivale á una excomunion.»

§ 4.— Adquisición de terrenos para construir iglesias y escuelas.

Aquí me es preciso entrar en detalles cuya prolijidad espero me será dispensada, ya que son imprescindibles para dar á conocer la situación en que estamos colocados.

Dirémos desde luego que cuando se trata de protestantes, ya sea cuestión de construir un templo, ya una escuela, nunca aparece siquiera sombra de dificultad. Sale una orden de Tananarive; el predicador inglés, de concierto con los notables del lugar, escoge el terreno á sus anchas, y la brigada se encarga de lo demás. Los edificios se levantan sin haber siquiera soñado en indemnizar al propietario.

Mas para los católicos otras son las medidas. Ignoro si para ellos habrán agotado el repertorio de trapacerías curialescas y trampas legales: allá se irá, pues no las escasean ciertamente. Por lo demás, la oposición que experimentamos procede con frecuencia de los particulares y en ciertas ocasiones del Gobierno.

I. *De los particulares.*—Están influidos por los mag-nates, apresurémonos á decirlo, porque jamás un simple malgache se atrevería por sí mismo á hacer semejante oposición.

Ha ocurrido á menudo que despues de una cesion de terreno hecha en buena y debida forma por sus verdaderos y únicos propietarios, se presentaban otros diciendo: «Somos nosotros los dueños de este terreno, y no quere-

mos deshacernos de él.» Otras veces quieren pasar como copropietarios de un pretendido fondo indiviso, y se oponen á que su parte sea enajenada. Los verdaderos propietarios, ó bien desisten, ó bien tratan de hacer valer sus derechos en justicia; pero ora acepten el primer partido, ora se decidan por el segundo, el resultado para nosotros viene á ser el mismo: tenemos que buscar en otra parte, y topamos con las mismas dificultades.

Ya en su día refirió un periódico el hecho ocurrido en Ambohitrmanjaka á fines de 1871. Habíase plantado yuca á toda prisa en el terreno en que habíamos empezado la construcción de la iglesia; colocóse allí un chozil en señal de haber tomado posesión; estaban practicados los primeros trabajos de demolición; el propietario encerrado y preso en su propia casa, cuando el domingo

á la hora de concurrencia hubo quien gritó á los católicos: «No podeis reuniros aquí; esta casa está convertida en cárcel.»

En Ambohidadreto poco más ó menos las mismas peripecias. El 23 de Noviembre de 1871 Radimy, el propietario de la casa en que habíamos empezado las reuniones católicas, fué preso por Rainitsara, uno de los principales protestantes del lugar. El domingo 26 de Noviembre fué soltado, porque tuvieron miedo. Pero el domingo siguiente, 3 de Diciembre, llega Ralaitsirofo, predicador protestante; pónese á perorar en esta casa, provisionalmente transformada en iglesia católica; dispersa á los fieles que habían asistido á la misa mayor, y se atreve á decir al P. Causseque: «Mañana demoleremos esta casa, que es la casa de un criminal.» En la tar-



ALTO ZAMBESE.—Primera misa celebrada por los misioneros. (Pág. 347).

de del mismo día el propietario fué brutalmente expulsado de su casa.

En Ankadimainto la audacia fué todavía mayor, pues llegóse á vías de hecho con la persona del P. Nassés, á quien dijeron: «Rabobalahy (el señor del lugar) ha prohibido terminantemente que los franceses asomen las narices por ahí.»

Los hechos que acabo de referir han dado lugar, después de largas y numerosas reclamaciones de nuestra parte, á una *semisatisfacción*, es decir, que hemos podido implantar en estas localidades la religión católica y construir en ellas los edificios necesarios al culto y enseñanza. Decimos á propósito una *semisatisfacción*, porque los culpables han quedado impunes completamente.

En *derecho* podemos adquirir los terrenos necesarios

al ejercicio del culto, pero de *hecho* hé aquí lo que pasa comunmente. Los magnates, señores ó no, hacen comparecer al propietario, con quien suelen usar este lenguaje: «Desventurado de tí si cedes tu terreno á los blancos.» La mayor parte se intimidan con estas palabras, y hay que confesar que no pasaría más en un país desprovisto casi enteramente de justicia.

En Fenoarivo sucedió que unos *tsiarondahy* (esclavos de la reina), más valientes, no hicieron caso de amenazas, y consintieron en ceder un terreno. Entonces hé aquí la escena que pasó con Rainimaharavo. El P. Causseque se presentó con ellos ante el *Chief secretary of state* (así se titulaba Rainimaharavo) para llenar las formalidades. Júzguese cuál sería la sorpresa de las personas interesadas cuando Rainimaharavo les dijo:

—Vosotros no podeis ceder un terreno; nada teneis que os pertenezca.

El P. Caussèque hizo observar que estaban en posesion de él mucho tiempo hacia.

—No importa.

—Mas ¿podian venderlo á un malgache?

—Sí.

—Y este malgache ¿podia construir en él una casa?

—Sí.

—¿Y un establo para las vacas?

—Sí.

—¿Y una cuadra para los cerdos?

—Sí.

—Y porque se quiere edificar allí una iglesia católica ¿os oponéis?

Así estrechado contra la pared, Rainimaharavo se encerró en un majestuoso silencio. Como la delicadeza no constituye la cualidad dominante de este hombre, fuerza nos fué resignarnos á buscar en otra parte.

En Ambavahaditokana la iglesia estaba ya construida, cuando un día una gavilla compuesta de una veintena de hombres, á las órdenes de un amboninjato (capataz de brigada del Gobierno), plantó yuca en todo el solar. Nosotros reclamámos ante la autoridad. Trabajo inútil. Cansados ya, tomámos el partido de arrancar el yuca. ¡Qué buen resultado dió este procedimiento!!!

Manankasina es un pueblo situado á veinte ó veinticinco minutos al Sud de Ambohimanga. Allí estábamos construyendo una iglesia. Levantábamos ya la armadura, cuando algunos valientes del pueblo vecino, precisamente los prohombres del templo protestante, se presentan, detienen á nuestros operarios, prorumpen en discursos, y en definitiva demuelen con sus manos toda la obra. Concluida esta hazaña, se retiran, dejando los materiales desparramados por el suelo.

El hecho era demasiado ruidoso: nosotros debimos reclamar, debimos pedir justicia, y sobre todo dar ánimo á nuestros adherentes, aterrados por tanta audacia. El Gobierno no dejó de preocuparse, pero, segun costumbre, dió largas al asunto. Muchísimo tiempo transcurrió hasta determinarse á darnos una respuesta, pero esta respuesta distaba mucho de ser una solucion. Más bien podía llamarse una dilacion, de la que se aprovecharon perfectamente los contrarios para trabajar contra nosotros. No pretendo describir una por una las fases de esta cuestion. Únicamente diré que despues de más de un año de pláticas y negociaciones, un día recibimos una sentencia procedente de palacio. Esta sentencia declaraba que *podíamos emprender de nuevo los trabajos de la iglesia!* En cuanto á castigar á los demoledores ó darles la menor repension, jamás se pensó en ello. En Madagascar, más todavía que en otras partes, la justicia es coja.

La oposicion que experimentamos viene con frecuencia de los particulares, segun acabamos de decir, y hemos añadido que algunas veces del Gobierno.

II. *Del Gobierno.* —De mucho tiempo atrás velase apuntar claramente la tendencia del Gobierno á impedir el desarrollo de nuestras obras, en especial de nuestras escuelas, siendo uno de los medios principales el hacer cada día más y más difícil la cesion de los terrenos destinados á la construccion de iglesias y escuelas católicas. Hé aquí algunos detalles:

Hasta el mes de Noviembre de 1871 se atenia uno pura y simplemente al tratado, y por lo comun los misioneros se arreglaban con el propietario sin discordancia alguna. Verdad es que aún entonces no cesaban de suscitarnos á la sordina interminables dificultades; pero el Gobierno parecia ser, ó por lo menos queria parecer neutral.

El 9 de Noviembre de 1871 el reverendo Padre prefecto apostólico se dirigió con algunos Padres al Consulado, donde en presencia de Mr. Laborde, entonces cónsul de Francia, y de Mr. Campan, cancillero del Consulado, Rainizanoa, sujeto distinguido y una de las personas de confianza del primer ministro, de parte del último nos habló de esta manera: «Si en los pueblos donde sois llamados se reúne gente en una casa de malgache, sin que haya que construir iglesia, no es necesario prevenir al Gobierno. Pero si vosotros ó los malgaches queréis edificar una iglesia, hay que avisarlo.»

No era, pues, un permiso lo que entonces debíamos pedir; bastábanos *avisar* al Gobierno. Sentada, pues, sobre esta base oficial, la cuestion hubiera sido sencillísima, á no haberse atravesado las sordas maquinaciones que arriba se han indicado.

El 4 de Julio de 1878 proclamóse una ley, llamada de los *Sakaizambobitra* del nombre de un cuerpo de soldados formado en esta época para ser distribuidos en los puntos más importantes. Este nuevo cuerpo recibió una especie de código, cuya observancia debia vigilar. Pues bien, en este código, entre otras prescripciones, habia la siguiente: «Por lo que toca á iglesias ó escuelas, libertad de edificar. Si es un vazaha quien construye, le hablaréis de este modo: «Exhibidnos el contrato de arrendamiento debidamente firmado y provisto del sello de la autoridad de Tananarive.» Si el contrato es regular, dejad que vaya la construccion adelante. Pero si no tiene contrato, decidle: «Estais empezando una iglesia ó una escuela sin tener el contrato firmado y provisto del «sello de la ciudad de Tananarive: id luego á Tananarive á poner en regla vuestro expediente con la autoridad; «sin esto no podeis edificar.» Si es un malgache, decidle que prevenga á Rainilaiarivony, primer ministro y comandante en jefe; y cuando éste os mande la autorizacion por escrito, entonces podrá pasar adelante en las construcciones: todo esto con el fin de evitar conflictos y disputas.»

Esta ley lleva el número de orden 49. A primera vista hubiera podido creerse que era del todo inofensiva, y redactada únicamente para un objeto de concordia. En efecto, nadie ha observado que la construccion de templos y escuelas para los protestantes haya experimentado jamás el menor obstáculo; pero no habia que fiar tocante á iglesias y escuelas católicas. Ciertamente, esta ley no tardó en sufrir la modificacion siguiente: «Ante todo, el que ceda el terreno debe avisar á la policia, la que despues dará parte al Gobierno.» Así, ocurrió que la policia rehusaba cumplimentar esta nueva orden, pretendiendo que *no estaba en la ley*. Este cambio fué objeto de un recurso de queja entablado por el reverendo Padre prefecto apostólico ante Rainimaharavo. Con fecha 30 de Mayo de 1879 el reverendo Padre escribia al *Chief secretary of state*, malgache acicalado con un título inglés:

«Vosotros estais variando de continuo las condiciones

según las cuales podemos obtener terrenos destinados á la construcción de iglesias y escuelas: pues bien, estos cambios, de los cuales he tenido cuidado de tomar exacta nota, tienen únicamente por objeto hacer más y más difícil, ya para nosotros, ya para los malgaches, la adquisición de estos terrenos.»

Añádase que cuando los malgaches interesados han llegado con muchas dificultades á ver la cara de la autoridad para tratar esta clase de asuntos, entonces precisamente es cuando empiezan sus tribulaciones. No es raro que algunos infelices, después de un largo viaje, tengan que pasar ocho y hasta quince días en Tananarive para escuchar con frecuencia estas ú otras parecidas chanzonetas de cajón:

—Estoy sumamente ocupado; hoy no tengo tiempo; vuelva V. tal día.

Mientras tanto el sistema de intimidación, con su cortejo de insinuaciones pérfidas, sigue su marcha; mientras tanto hay que gastar en las posadas y gastar para visitar á los magnates, porque no es del caso presentarse con las manos vacías. Por otra parte, una ausencia de casa prolongada puede ocasionar muchos perjuicios. Todo esto no sirve mucho, que digamos, para favorecer al catolicismo.

El texto del tratado es claro: todos los establecimientos católicos, iglesias, escuelas, etc., pertenecen á la reina, que no puede cambiar su destino. Esta cláusula, al parecer, aún no es del gusto del Gobierno. Rainimaharavo, que no se para en barras, propuso un día una fórmula redactada en este sentido: «Las iglesias y escuelas pertenecen á los malgaches que las han construido. Si los Padres dejan á Madagascar, no reclamarán indemnización alguna por los gastos invertidos...» Nótese que nuestras iglesias y escuelas se construyen siempre con los fondos de la Misión.

Contestóse al *Chief secretary of state*: «1.º Los malgaches, influidos por vuestras mercedes los jefes, podrían meterse contra nosotros. A vuestras mercedes mismas podría ocurrírseles la idea de expulsarnos. Por tanto, no aceptamos la fórmula.» La aceptamos, sin embargo, para dos ó tres estaciones de poca importancia, porque nuestros adherentes estaban aguardando hace quince días una solución que nunca llegaba.

Más tarde, después de la llegada de Mr. Cassas, comisario-cónsul de Francia en Madagascar, convenimos en una fórmula que fué aprobada por este funcionario y por Ravoninahitriniarivo (este último es el nuevo *Chief secretary of state* que ha reemplazado á Rainimaharavo). «En lo sucesivo, dijo al reverendo prefecto apostólico, obraremos con presteza;... bien podeis tener 5, 20, 100 y aún 500 estaciones que fundar de un golpe; pronto estará hecho.» En efecto, al principio mantuvo su palabra; pero no tardó en seguir la tortuosa ruta de Rainimaharavo, y hoy día desatiende completamente á las personas que le piden el documento oficial, las intimida, etc. En una palabra, sin negarse abiertamente á legalizar los papeles, hace cuanto puede para desanimar á los interesados y cansar su paciencia.

Voy á referir un detalle que viene muy al caso para el asunto que nos ocupa. En dos ó tres ocasiones Rainimaharavo nos había prohibido hacer ladrillos y tomar piedras en nuestro solar de Ambodinandohalo, «en ra-

zon de que, decía en una carta al Rdo. P. Cazet, es una ley que se refiere tanto á los indígenas como á los extranjeros.» El P. Cazet, que ni podía ni debía consentir en semejante prohibición, contestó inmediatamente: «Imposible me sería, señor mío, disimular la sorpresa que su carta me ha causado. No somos tan ciegos que no veamos cada día lo que hacen en este punto los indígenas, ni menos nos faltan medios para probar lo que han hecho anteriormente. V. les ha permitido siempre y les permite todavía remover tranquilamente las piedras y la tierra. Tampoco está ciego el cónsul de Francia, quien exclamaba ayer en mi presencia: «¡Vamos, esto es una verdadera persecución!»

Hé aquí lo que pasaba entre los *betsileos* en Junio y Julio de 1877. Dos estaciones se habían fundado bastantes años atrás. Iglesia, escuela, la modesta habitación del misionero, todo se había construido, no sólo con beneplácito, si que también con el concurso del Gobierno, pues éste, por una excepción verdaderamente extraordinaria, dignóse suministrar la brigada de operarios y aún los materiales. Muy lejos estábamos, pues, de prever la tempestad que se cernía sobre estas dos cristiandades, y los dos misioneros se entregaban con un celo lleno de confianza á los trabajos de su ministerio.

Pues, hé aquí que de la noche á la mañana el gobernador de Fianarantsoa declara que los Padres no podían estar allí, *porque no existía convenio alguno especial referente á la casa que habitaban*. Excusado es decir el asombro que en todos produjo una salida de pié de banco tan pueril, que sin embargo iba á tomarse por lo serio. El P. Lacombe hizo presente al gobernador, que desde el momento que los Padres tenían la libertad de enseñar su religión, podían y debían residir en sus estaciones respectivas. Estas razones, capaces de convencer á cualquier hombre de buena fe, no fueron admitidas por el gobernador, y el asunto fué llevado á la Sala de la autoridad superior en Tananarive. Después de muchos escritos por una y otra parte; después de varias negociaciones, y sobre todo de no pocos disgustos, Rainimaharavo declaró magistralmente que si tanto en las dos estaciones como en las que se fundasen en lo sucesivo, *la habitación del Padre misionero estaba bajo el mismo techo que la iglesia ó la escuela, nada había que decir; pero que si quería habitar una casa separada, aunque fuese en el mismo solar, era menester una autorización especial*.—*Risum teneatis, amici!* Hé aquí á qué conduce la manía satánica de perseguir á la religión cueste lo que cueste, dándose aires al mismo tiempo de atenerse á la legalidad.

CORRESPONDENCIA.

CHINA.

Carta del P. Bonifacio Oomsels al Provincial de los Franciscanos belgas.

Ho-Tsuang, 24 de Abril de 1881.

Si quiere V. P. formarse una idea de mi parroquia, figúrese un lago de veinte leguas de longitud y cuya anchura varia de una á tres leguas. Magníficas son las márgenes de este lago, que cierran por una parte empinados montes, y el *rio Azul* por la otra. Hé aquí el terreno cuyo cultivo me ha sido confiado. Una infinidad de

canales destinados así á la navegacion como al riego de los arrozales surcan en todas direcciones estas risueñas campiñas, no menos pobladas que feraces, conforme lo acreditan las dos cosechas de arroz anuales. Lo único que amengua algun tanto es el continuo temor de una inundacion. Numerosos canales unen el lago al rio Azul, y cuando las aguas de ese terrible *Hijo del mar* (Yang-tzen-Kiang) alcanzan cierta altura, se desbordan y se precipitan en el lago con tal impetuosidad, que inundan y arruinan todo el país, y únicamente son contenidas por los cerros, contra cuya base se estrellan. Los principales productos de esta comarca consisten en trigo, arroz, algodón y té. Tambien abundan las montañas ricas en minerales de hierro y de carbon, pero ninguna mano se ha atrevido aún á explorar sus entrañas, porque los

bonzos enseñan al pueblo á considerar y adorar los montes y las colinas cual otras tantas divinidades, y les persuaden que aquellos gigantescos dioses no dejarían de vengar en los habitantes y naturales las heridas abiertas en sus laderas. Con motivo de tamaña supersticion á nadie se permite abrir zanjás ni levantar otros edificios que los destinados á los ídolos. Hace poco se presentó aquí un inglés con objeto de examinar una montaña cuya superficie indica la existencia de no escaso mineral. Apenas se hubo divulgado la noticia, todos estos paganos se armaron con palos y horcas, volando al socorro de sus dioses. En un tris estuvo que el temerario inglés no pagara con la pelleja su inaudita osadía, y no logró escabullirse sino despues de una solemne paliza que se prolongó hasta los confines de este territorio, en donde



ALTO-ZAMBESE.—El H. Desadleer comprando trigo á los indígenas. (Pág. 347).

le dejó medio muerto aquella turba soliviantada. Ahí tiene V. P. condensadas en pocas palabras las riquezas materiales de mi Mision. Este distrito parroquial comprende dos prefecturas civiles: Ou-tchang-chien y Ta-ietchien. Al frente de cada una de ellas figura un mandarín superior encargado de la administracion de la justicia.

Apenas hace diez años que en esta parte de la China nuestra santa Religion era aún enteramente desconocida. Habíase predicado en ella repetidas veces la palabra de Dios, pero siempre sin resultado. En fin, habia sonado para estos infelices la hora de la gracia. Perseguido por los esbirros del Gobierno cierto cristiano de otra localidad, vino á buscar un escondite en este valle. A fuerza de hablar de nuestras creencias á la familia que le al-

bergaba, consiguió ganarla toda á Jesucristo. Desde luego se llamó á un misionero, el cual puso tanto celo en instruirlos que hasta las familias vecinas abrazaron la fe. Todo se hizo con el más impenetrable secreto, como se acostumbra en tiempos de persecucion. Sin embargo, el infernal enemigo, que no acertaba á dominar su despecho al ver se le arrancaba una presa que tantos siglos hacia venia pacíficamente poseyendo, suscitó á algunos abogadillos de las cercanías para que fastidiasen y aburriesen á los recién convertidos. Empezaron los letrados su enojosa tarea intimidando á los pobres neófitos, pero no tardaron en convencerse de la inutilidad de sus amenazas, y así echaron mano de las más reprobadas fechorías. Dándose públicamente el título de exterminadores de la religion cristiana y parodiando en ello las ridículas

aspiraciones del impío Diocleciano, persuadiéronse que tratándose de cristianos todo era lícito, destruyeron sus mieses, y no hubo indignidad que no emplearan para hacerles apostatar. Los cristianos, empero, sin dejar de permanecer fieles á sus creencias, resolvieron no permitir que aquellos tiranuelos se les subiesen á las barbas. Hartos ya de la injusta opresion de sus adversarios, acudieron al tribunal del mandarin en demanda de justicia y de proteccion. Afortunadamente aquel funcionario era hombre discreto y justiciero. Se enteró del negocio, y poco trabajo hubo de costarle el convencerse de los manejos de los *exterminadores* de nuestra Religion, y sin más ceremonias les condenó á ser azotados conforme se lo habian merecido. Estos procedimientos metieron mucho ruido en el país; en todas partes no se hablaba sino de la fustigacion de los letrados y del triunfo de los cristianos, etc.

La religion católica salió con este motivo de la oscuridad; supose hasta en la última choza que el Cristianismo habia tomado carta de vecindad en el valle, y numerosas conversiones no tardaron en acreditar los saludables influjos del recién llegado. Desde aquella época por término medio podemos contar anualmente con cincuenta bautizos. En la actualidad esta Mision cuenta ya con algunos centenares de bautizados y aproximadamente con un centenar de catecúmenos.

Quizá diga V. P.: «En diez años nos parece muy modesta la consabida cifra.» Es verdad, pero desde luego me permitirá observar á V. P. las dificultades de la propagacion del Catolicismo en la China por medio de la predicacion. Los ensayos hechos por algunos misioneros de plantear el sistema de los Apóstoles predicando en las plazas y calles públicas de las ciudades y aldeas, por confesion de ellos mismos han sido completamente nulos y no les ha proporcionado un solo prosélito. Nuestro método para propagar la fe consiste en escoger y enviar á algunos cristianos fervorosos, listos y diestros: éstos en los coloquios y conversaciones privadas procuran dar una nocion somera de nuestra Religion á las personas con las cuales la casualidad ó la iniciativa les pone en contacto: en el caso de encontrar en ellas buena voluntad ó alguna disposicion á convertirse, las conducen al misionero, el cual completa la obra, las catequiza y les predica privadamente.

La dificultad de proporcionar á nuestros catecúmenos una instruccion sólida es otro de los obstáculos que impiden el progreso de las conversiones. Cuando una localidad cuenta con cierto número de familias que fácilmente pueden reunirse, se procura abrir una escuela á lo menos durante algunos meses del año, y en este caso la Religion no tarda en arraigarse y florecer; pero, generalmente hablando, hay que contentarse con conversiones aisladas. Aquí se convierte uno, algo más allá otro; aquí una familia, allá dos. ¿Cómo se hace para atender á su instruccion?

Finalmente, no es fácil que las conversiones puedan menudear en China, á causa de las infinitas y nunca interrumpidas vejaciones de todo género que nuestros neófitos tienen que afrontar, suscitadas por los paganos. Con harta frecuencia la pérdida de todos sus bienes y hasta de la vida es la única expectativa de nuestros recién convertidos. Permítame V. P. que termine mi carta

con el relato de dos hechos que por sí solos dejan evidenciada nuestra situacion.

Hace poco tiempo que un jóven de veintidos años, perteneciente á una familia bastante acomodada, á pesar de sus padres se convirtió al Catolicismo. Sólidamente instruido en nuestra fe y persuadido de su verdad, resistió con teson cuantos asaltos se intentaron con el objeto de quebrantar su valor. ¿Qué hizo entonces el padre desnaturalizado? Una noche, cuando el jóven dormía á pierna suelta, padre, madre y hermano, cual si fuesen tres furias, se le echan encima, le atan en su cama con fuertes cordeles, y mientras la madre y el hermano le tienen sujeta la cabeza por los cabellos, su propio padre con el auxilio de unas tenazas de hierro le arranca ambos ojos.

A la vuelta de dos meses el infeliz y desgraciado ciego pudo convalecer de una enfermedad mortal ocasionada por aquella serie de torturas, pero el padre brutal y empedernido siguió encarnizándose cada vez más en el odio y en la persecucion de su hijo. Al ver que éste, á pesar de los ultrajes y tormentos sufridos, permanecía fiel á sus nuevas creencias, con el objeto de despojarle de todos sus derechos al patrimonio paterno, acudió al mandarin formulando oficialmente ante su tribunal la acusacion de rebeldía en su hijo. En semejantes aprietos no le quedó al pobre ciego otro recurso que fugarse del hogar paterno y buscar el consuelo y el consejo en el techo hospitalario de mi predecesor. Dios, sin embargo, no consintió la prolongacion de tan rudas pruebas contra el novel confesor de la fe. En el mismo instante en que el inhumano padre va á salir de su domicilio para trasladarse al tribunal, se siente repentinamente malo, y al día siguiente ya habia muerto y comparecido ante el Juez supremo. Este espantoso suceso no cuenta aún dos años de fecha, y tuvo lugar en mi distrito parroquial. El segundo que voy á relatar es mucho más reciente y ha sucedido estos últimos dias.

Actualmente resido en un vecindario bastante considerable y que cuenta 500 familias, 25 de las cuales han abrazado el Cristianismo, subiendo ya á 70 el número de los bautizados. Acabo de alquilar una casa en el centro de la poblacion que me sirve á la vez de capilla, de escuela y de habitacion.

Desde el principio de la última Cuaresma venia yo preparando un buen número de catecúmenos para el bautismo, cuando en la vispera del domingo de Pasion un lamentable accidente vino á sembrar el espanto y la zozobra en esta naciente cristiandad. Uno de nuestros neófitos, que se encontraba solo ocupado en los trabajos del campo, fué villanamente asesinado por algunos paganos sin otro motivo que el de su odio infernal contra los discípulos del Crucificado. Los asesinos, por de pronto, echaron el cadáver de la victima en una profunda zanja; luego le sacaron de ella cubierto de cieno y lo trasladaron así á una casa vecina con objeto de persuadir á los comarcanos de que el cristiano habia caído en la hoya y se habia ahogado. Venian, sin embargo, desmintiendo tales asertos las heridas que se veian en el cadáver. Denunciaron el crimen á la autoridad competente los padres del malogrado neófito con el objeto de que se instruyera causa de homicidio contra los presuntos reos; pero el mandarin, tratándose de cristia-

nos, rechazó su denuncia y no contestó sino con injurias contra nuestra santa Religión. Este tristísimo acontecimiento dejó consternados á todos nuestros fieles, los cuales en sus reuniones y coloquios exclamaban: «¡Con que se nos puede asesinar impunemente!» La Semana Santa, que yo contaba pasar muy tranquila, convirtiéndose para mí en semana infausta y dolorosa. Con todo, el Sábado Santo tuve la inefable dicha de administrar el Bautismo á 21 adultos.

A pesar de todas estas rémoras y contrariedades, nuestra santa Religión se acrecienta y dilata cada día. Mis cristianos, por lo general, son fervorosos y asíduos al santo Sacrificio y á las prácticas religiosas, en lo que me proporcionan no pequeña indemnización á los sacrificios que la vida de misionero me impone.

ALTO ZAMBESE.

(ÁFRICA AUSTRAL).

Carta del Rdo. Carlos Webl, de la Compañía de Jesús.

Las dificultades de todo género que tenemos que vencer á cada paso no me han permitido anunciaros más pronto la triste noticia del fallecimiento del P. Law. Este querido compañero, consumido por la fiebre y quebrantado por las fatigas del viaje, ha sucumbido el 25 de Noviembre último en la villa real de Umzila (1). En la incertidumbre de que no hayan llegado á vuestras manos los relatos del malogrado misionero, voy á daros cuenta de nuestro viaje y algunos detalles acerca el estado actual de nuestra Mision.

El P. Law y yo partimos de Gubuluwayo el 28 de Mayo. Habiéndonos prometido el rey Lo Bengula dos servidores para acompañarnos, fuimos á Umganin, en donde residía á la sazón; pero allí perdimos seis días esperando que cumpliera su promesa. El 5 de Junio llegamos á Silo, en donde hay establecida una Mision protestante bajo la dirección del Sr. Thomas, quien en los veinte años que lleva de residencia en ese país sólo ha obtenido medianos resultados. Dos días más tarde entramos en Inyati, tercera y última estación protestante del reino; es también el último, en esta dirección, de los lugares habitados por europeos. El Rdo. Sykes, encargado de la misma, nos hizo un cordial recibimiento, y los europeos de la localidad sorprendiéronse no poco viéndonos intentar por aquel punto el acceso al reino de Umzila, á causa de las dificultades del camino y de la pésima reputación de los habitantes.

No obstante, llegamos sin novedad hasta el Sepackwe, vadeándolo el 19 de Junio: nuestra única pena era la enfermedad de nuestro Superior, que sufría casi incesan-

(1) El Rdo. P. Law era sobrino de lord Ellenboroug, antiguo gobernador general de las Indias. Después de haber servido en la marina Real de Inglaterra, entró joven todavía en la Compañía de Jesús, y consagróse con ardor á las Misiones extranjeras, trabajando seis años con gran fruto en la Guyana inglesa. Más tarde ofrecióse para tomar parte en la nueva Mision del Zambeze. Su deseo era establecer una estación en el país de Umzila. Había conocido á varios indígenas de aquella región, y admiraba sus excelentes disposiciones; y como hablaba ya su lengua, habíase concebido sobre él muchas esperanzas. Dios ha recompensado su buena voluntad. Ha muerto en una pequeña choza que el rey le había concedido cerca del *kraal* real. Durante su vida religiosa, el Rdo. P. Law demostró constantemente singular piedad y celo ardiente por la salvación de las almas. Con su muerte la Mision ha experimentado una gran pérdida.

temente de la fiebre. Los obstáculos serios empezaron á la otra parte del río, haciéndose excesivos los gastos del viaje. Nos faltaban guías y peones para facilitar el camino, y en cada pueblo nos veíamos obligados á reclutar otros nuevos y pagar los antiguos.

Nada menos que cinco semanas invertimos para ir del Sepackwe al Sabe, viéndonos obligados á atravesar ochenta riachuelos, á descargar y cargar de nuevo seis veces el vehículo, y á derribar árboles á cada momento.

El 24 de Junio pasamos, aunque no sin trabajo, el río Sabe. Estuvimos dos días buscando inútilmente un vado; á cada momento nos veíamos obligados á retroceder á causa de la profundidad del centro del río; por fin lo encontramos al tercer día. La mosca *tsetse* no se encuentra en sus orillas.

Proseguimos adelantando lentamente hasta el 6 de Agosto, en cuyo día debía empezar para mí una larga serie de tribulaciones. Habiéndome alejado un poco, no pude volver á encontrar nuestro vehículo, cuya dirección se había cambiado repentinamente sin que se me informara de ello. Durante diez y ocho horas busqué su rastro y pedí socorro. Habiendo perdido toda esperanza de encontrarlo, resolví volver á Gubuluwayo, empresa sumamente peligrosa, pero la única que ofrecía alguna probabilidad de salvación. Dos veces distintas carecí de alimento durante cuarenta y ocho horas, y los demás días, como ración cotidiana, debí contentarme con un puñado de harina comprada en la primera población que se me ofrecía. Subí á los árboles para pasar las diez primeras noches; las seis siguientes acostéme al pie de los mismos, y las diez últimas, extenuado de fatiga y transido de frío, tendíme á campo raso sin inquietarme por las fieras. El paso de los ríos me sumió algunas veces en grandes perplejidades á causa de la altura y de la rapidez de sus aguas. Mis pies, mal protegidos por el calzado, se entumecieron y magullaron al cabo de algunos días, de suerte que no podía hacer sino cortos trayectos y con suma lentitud.

A los veinte y seis días de marcha dieron conmigo cuatro cafres, quienes condujéronme por fuerza á su población. Al principio me trataron con respeto, y poco á poco comprendí sus intentos. Imaginábanse haber hecho en mi persona una rica captura; mas su ilusión desvaneciéndose en breve, y la avaricia no opuso ya freno al odio que abrigan contra los extranjeros; así fué que decidieron mi pérdida. Tuviéronse varios consejos respecto á mí, y la conclusión era siempre de que debía matarse al *umlungu* (hombre blanco). Preparéme, pues, seriamente á morir: diversas circunstancias me permitieron juzgar que mi ejecución debía tener lugar el 18 de Setiembre. Los días precedentes hiciéronse preparativos, y el 17 por la tarde el jefe me trajo mejor alimento para la comida, que me dijo era la última. Pero Dios, á quien había yo ofrecido gustoso el sacrificio de mi vida, contentóse con mi buena voluntad. En el día y hora en que esperaba ser inmolado, un habitante de Transvaal, el Sr. Roberto Roxby, que supo mi cautiverio, llegaba con cuatro servidores para libertarme. Apenas los cafres me dieron libertad se arrepintieron de ello, y procuraron otra vez prenderme. El Sr. Roxby prometió que me incorporaría al P. Law; pero diversas circunstancias hicieron imposible la ejecución de esta promesa. Tuve, pues, que con-

tinuar solo mi viaje, y al quinto día de marcha, el 28 de Octubre, alcancé nuestro vehículo, mas en muy diferente estado.

Pocos días después del 6 de Agosto, el jefe Hamb'esuku intentó apoderarse de él á viva fuerza y asesinar al P. Law con sus compañeros. Prefiriendo huir antes que verse obligado á derramar sangre, el Padre Superior se dirigió, en la noche del 9 de Agosto, hácia el campo de Umzila, dejando los bagajes bajo la custodia de uno de sus hombres. A fines de mes llegaron á la presencia de ese rey, quien les recibió amistosamente. Varios *indunas* (jefes de *kraal*) fueron enviados en busca del vehículo, bajo la dirección del H. Desadleer. El guardian había tenido que emprender la fuga á causa de los malos tratamientos de los cafres: sin embargo, encontraron el wagon intacto, y estaban disponiéndose para llevárselo cuando les encontré. Dicho Hermano sufría de la fiebre, y estaba muy abatido física y moralmente. Dos de nuestros bueyes perecieron en el trayecto: esta pérdida podrá parecer de poca monta, pero la dificultad de reemplazarlos les daba un valor enorme. Todo lo que pudimos hacer fué llegar, el 2 de Diciembre, á la villa Umgan, la primera que depende del rey Umzila. Allí declararon los guías que era imposible pasar adelante, á causa de la falta absoluta de camino. El 17 del mismo mes abandonaron el vehículo. Para colmo de desventura empezó la estación de las lluvias, y nos vimos obligados á detenernos en aquel pobre lugar, desprovisto de las cosas más indispensables á la vida.

A fin de aprovechar ese tiempo de obligado reposo, resolví ir á pie á la villa de Umzila para informar al Padre Superior acerca de nuestra posición, pues le había escrito dos veces sin recibir respuesta alguna. Mas la profundidad de los ríos (en las cuatro primeras horas de marcha tuve que quitarme cinco veces los vestidos para vadearlos), las frecuentes lluvias y el peligroso estado de los caminos obligáronme á volver sobre mis pasos al cabo de un día de viaje. En esto llegó á mi noticia que había muerto el P. Law y que el H. Hedley estaba de peligro. Enviado por el rey en busca del carro, el buen Hermano cayó enfermo á 60 millas de nuestra población, y me suplicaba en nombre de Dios que fué á visitarle. Le vi el 3 de Enero; su estado era gravísimo, pero no desesperado. No siéndole posible andar, tuvimos que hacerle transportar á brazo, por aquel país accidentado, una distancia de cerca 70 millas. Ese largo trayecto á través de las montañas no hubiera podido hacerse sin la benevolencia y la energía de un *induna* de Umzila. Este jefe requisaba por do quiera los portantes: necesitábanse veinte cada día, y el viaje duró del 3 al 13 de Enero.

Respecto á la Mision, por el pronto todo queda suspendido. Transcribo aquí la última recomendación que el P. Law dejó por escrito: «Creo, dice, que lo mejor que puede hacerse es dirigirse con el vehículo á Sofala, y esperar allí una respuesta del Rmo. P. Weld, ó dirigirse hácia Puerto-Isabel, después de comprar un carro y bueyes. No podéis permanecer aquí, pues carecéis de suficientes medios de subsistencia, y sería exponeros á la muerte. Procurad á toda costa ir á Sofala. No omitais cosa alguna para hacer consentir al rey en vuestra partida: ofrecedle con este objeto hasta vuestro vehículo y vuestros bueyes: si no consiente en ello, yo en vuestro

lugar emprendería la fuga en dirección de Gubuluwayo, evitando los parajes infestados por la mosca *tsetse*, y enviaría un expreso al Rdo. P. Dewit para pedirle un carro, pues puede alquilar uno.»

El P. Law tenía, pues, el intento de abandonar enteramente esta Mision, en lo que no soy de su parecer. Si la población real de Umzila es sobrado malsana para que los extranjeros abriguen la esperanza de aclimatarse en ella, puede intentarse en otras partes un nuevo ensayo. En mis diferentes excursiones he visto comarcas de suma fertilidad, y según todas las apariencias muy sanas. Hay que escoger una localidad cuya altura sea superior á la villa de Umzila, y desde donde sea fácil comunicar con el rey y con Sofala por la costa. Estas tres condiciones son esenciales, á lo menos al principio. Las relaciones con los europeos deben estar aseguradas, á causa de la imposibilidad de procurarse en estos países desiertos las cosas más indispensables: las relaciones con el rey no son menos útiles, á causa del carácter de ese pueblo: en efecto, no podemos residir en el territorio de Umzila sino en tanto que le plazca al rey, y, consideración más importante todavía, la conversión de sus súbditos no podrá realizarse sino con él y por él.

¿Conseguiremos salvar el carro y los bueyes? Eso lo veremos más tarde. El rey parece codiciarlos, y si nuestras sospechas son fundadas, no podemos impedirle que nos despoje. Adelantar más por el interior no es posible, toda vez que no hay camino alguno. Poco importa que sea ó no cierta esa aserción de los guías cafres, pues es innegable que no podemos ir más lejos sin el concurso de los indígenas. Volver atrás ofrece los mayores peligros, á causa de la hostilidad y de la codicia de las tribus por las cuales hemos pasado. No queda otro medio, por lo tanto, que procurar ganar la costa, y así quizá obtendremos fácilmente el apoyo del rey. No podemos olvidar que somos sus deudores: el P. Law compró mucho á crédito, y además le estamos muy obligados por los beneficios de que nos ha colmado. Incapaces de poder corresponderle por ahora, pues nuestro wagon está casi vacío, le hemos prometido por lo menos veinte regalos importantes así que podamos llegar á la costa, y él los desea con la mayor ansia.

¡Hé ahí cuál es nuestra situación! Si las conversiones llegan á ser proporcionadas á las pruebas y dificultades del principio, la cosecha será ciertamente abundantísima.

El Rdo. P. Law, que poseía un verdadero talento de dibujante, complaciase en reproducir á la pluma ó al lápiz las escenas de que era testigo en sus excursiones apostólicas. (Véanse los grabados de las páginas 341 y 344). A la amabilidad del Rmo. P. Weld debemos varios otros interesantísimos croquis del malogrado misionero, que publicaremos en breve.

VIAJES.

Á BORDO DE UN JUNCO CHINO.

23 de Abril, Tchong-kin-fu.

De seis compañeros que estábamos en la barca dos han partido para el Tibet y otros dos para el Yun-nan, sus Misiones respectivas, sin haber descansado aquí más que uno ó dos días. Otro tanto hubiéramos debido hacer mi compañero del Kuy-tcheu y yo; pero mi enfermo

no puede tenerse en pié: ¿cómo hubiera podido soportar las fatigas de un viaje en silla, el medio de locomoción más penoso que se conoce? Habría sido una crueldad abandonarlo solo á su triste suerte. Hé aquí por qué permanezco hace quince días en Tchong-kin, perdiendo el tiempo en esta ciudad, una de las más interesantes bajo el aspecto mercantil, pero también una de las menos agradables bajo el aspecto moral y físico.

Sin embargo, no he andado todavía lo peor de mi camino.

De aquí al Kuy-tcheu, mejor dicho, á la capital del Kuy-tcheu — porque allí sólo me detendré — no habrá más, ciertamente, que unos quince días de viaje, cien leguas que hacer, ¡pero en silla! Además tenemos varias montañas de dos mil metros por lo menos que atravesar: pues bien, los chinos desconocen el método de los europeos: ni saben flanquear las montañas, ni seguir las pendientes de los ríos: van siempre en línea recta, y sus caminos, cortados en escalon sobre la roca, alcanzan sin rodeos las más altas cumbres. Figúrese, pues, á un viajero en su silla subiendo los escalones que conducen al pico; las piernas están más elevadas que la cabeza: figúresele bajando por la vertiente opuesta; la cabeza está demasiado adelante y las piernas demasiado atrás: sólo, pues, á fuerza de puños es como se le mantiene en equilibrio y no se desliza por encima la cabeza de sus portadores, quienes pueden estar contentos de no caer también. Este accidente ocurre con frecuencia. Uno de estos días me llamaron á las cinco de la mañana para decir la misa en casa de cierta familia cristiana. Para salvar la distancia de 100 á 200 metros que separa esta casa de la nuestra, era preciso ir en silla, cuando hé aquí que en el camino á uno de mis portadores se le ocurre besar el santo suelo cuan largo era... Aquí de rodar mi silla por encima de él y yo con ella; pero eso sí, felizmente sin el menor rasguño.

La morada del obispo es un curioso modelo de casa china. A pesar de sus vastas proporciones, apenas puede albergar los treinta ó cuarenta misioneros del Su-tchuen cuando se reúnen en ella para los ejercicios. Todo el terreno está desperdiciado en pequeños patios, pequeños jardines interiores, largos y tortuosos pasadizos; es un verdadero laberinto. Los primeros días no me arriesgaba nunca á ir solo desde mi aposento al refectorio: me hubiera perdido irremisiblemente.

Por el momento sólo mis ojos dejan mucho que desear. Vislumbro como unas pequeñas moscas que pasan y me enturbian la vista. Los Padres, sabiendo que había tomado polvo cuando más jóven, me condenaron á empezar de nuevo, y mandaron á la ciudad á comprar tabaco y una caja. ¡Ah! ¡mi caja! ¡Quisiera que V. la viese! Es un pequeño frasco de vidrio opaco: el tapon lo forma un hermoso vidrio rojo, al cual está unida una cucharita de marfil que inmerge en el frasco. Cuando quiero tomar un polvo, saco el tapon y con él la cucharita, con la porción correspondiente de tabaco, que tengo que echar sobre la uña de mi índice izquierdo y aspirar en seguida. Mi caja me ha costado 350 sapeques (siete reales). El tabaco lo tengo de balde, porque un cristiano rico de la ciudad, habiéndose enterado, vino á ofrecer al nuevo Padre sordo y mudo, como me llaman á mí por no saber siquiera una miserable palabra de su len-

gua, vino á ofrecermé, digo, una libra de tabaco chino y, lo que vale más, otra libra de tabaco francés. Este cristiano tiene cierta cantidad de dicha mercancía, que vende á los mandarines ricos á razón de 100, 200 y hasta 300 francos el kilo.

Una costumbre hay aquí verdaderamente curiosa. Los chinos, para reconocer sus palomos domésticos, les atan en cualquier parte, en las plumas, en las alas ó en la cola, una especie de silbato, ó más bien un tubo dispuesto y agujereado como las flautas de los órganos. Cada uno de estos canutitos tiene su timbre particular. Cuando el palomo arranca su vuelo el aire penetra en lo interior del tubo, lo hace sonar y chiflar con más ó menos fuerza segun la rapidez del vuelo.

Suponed doscientos palomos volando de concierto: ¡qué música aérea! Estos chiflos se oyen desde muy lejos, y á veces su sonido es agradable. ¡Luego dirán que los chinos no son industrioses!

Quisiera contar aún muchísimas otras cosas interesantes; mas en este instante estoy triste, pero triste como nunca lo he estado... mi pobre hermano está siempre enfermo. Lo obligan á quedarse un mes, tal vez dos, tal vez más, aquí en Tchong-kin. Pues á pesar de sus ruegos tendrémos que separarnos: mañana ó pasado mañana voy á continuar mi viaje, y esta vez absolutamente solo.

Verdad es que dos cristianos están encargados de acompañarme, pero ellos no hablan más que el chino, y yo sólo el francés: voy, pues, á volverme verdaderamente mudo. Los dos son del Kuy-tcheu, y se han echado á mis piés pidiendo mi bendición. Me cuidan muy bien; me han comprado todo cuanto pudiera hacerme falta; en una palabra, acuden á todo.

Unos quince ó veinte días de viaje en silla vendré á tener ahora, bien que espero poderlos andar la mayor parte á pié, lo cual será menos penoso. Solamente harémos seis leguas cada día, siete cuando más.

Estén Vds., pues, sin zozobra por mí. ¡El Señor está conmigo y me guarda!

27 de Mayo de 1880. Kuy-yan-fu, capital del Kuy-tcheu.

¡Héme aquí ya en este inhallable Kuy-tcheu, gracias á Dios! Salí de Marsella un domingo, 2 de Noviembre, á las diez de la mañana, y entraba en el Kuy-tcheu á los seis meses justos, día 2 de Mayo á la misma hora de otro domingo.

Pequeños incidentes no han faltado. Me he visto abandonado varias veces por mis portadores, que allá me dejaban en medio del camino. Era de verme entonces subir y subir siempre, con un calor de treinta grados, jadeante, sudando, echando de menos á Saigon y al ecuador, donde por lo menos no había montañas que subir, lo cual era una dicha ciertamente. Nada diré de las aventuras que me han sucedido, ya en los caminos, ya en las posadas paganas, repletas de pulgas y otros bichos, donde tenía que pasar las noches y tomar mis comidas en medio de las pipadas de opio, recreos obligados uno y otro en todos los sitios de concurrencia de los chinos...

Encontrábame á 15 lys (legua y media) de Kuy-yan-fu, en cuyo punto todos mis hermanos estaban reunidos para los ejercicios. Consideraba tristemente la cima de la montaña á que tenía que encaramarme y atravesar,

cuando observo allá arriba un señor de muy buen porte, que al parecer me miraba con atención. No hice gran caso, y continué trepando cabizbajo, meditando sobre la increíble frescura de los cosmógrafos, que quieren darnos á entender que la tierra es redonda... Á poco me pareció oír un canto que no pude, menos de atribuir en seguida á la persona mencionada. «¡Toma! es chocante, me dije; ¡un mandarin cantando! ¡Nunca se habrá visto cosa semejante!» Pero no, aquel cantar produjo en mí un singular efecto: me hacía andar más aprisa, y al mismo tiempo todo me conmovía... No era ciertamente de un chino, porque al escucharlo pensaba en mi patria, en mi lejana patria... En esto de repente la brisa trajo á mi oído dos versos que percibí distintamente, diciendo así:

Quand un français sur la terre étrangère
Voit un français, il sent battre son cœur! (1)

¡Oh! no hay duda... Púseme entonces á trepar como un galgo, y á los dos minutos me hallaba entre los brazos de tres hermanos que habían venido á recibirme. Traían consigo una botellita de añejo Burdeos, que vaciamos inmediatamente: después de haberme hecho montar en una silla, al galope de sus mulas se volvieron á la ciudad para anunciar la nueva. Hacia un mes, sobre todo, que nuestro buen Obispo estaba desconcertado. Diez veces al día exclamaba: «¡No vendrá! ¡no vendrá!» dándome los nombres más extraños, pues nunca ha podido aún retener mi verdadero nombre. No estaban menos impacientes los hermanos: por tanto, ¡qué de fiestas no me hicieron á mi llegada! ¡qué de fiestas capaces de hacerme olvidar las miserias del viaje! ¡qué de abrazos no me dieron á pesar de las reglas de etiqueta chinesca! No bien hubimos cenado empezaron las canciones, porque el Kuy-tcheu es el país de las canciones. El mismo señor Obispo ha compuesto una para felicitarme la bienvenida; luego me repitieron el cantar, cuyos dos versos escuché en el camino. Una cosa se me atravesó: que el estribillo me hiciese decir: «¡Cuántas lágrimas he derramado en la tierra de China!» No sé si este retornado lo han inventado ellos ó lo han aprendido; lo que puedo decir es que me puso algo sonrosado, pues era verdad. He llorado en este viaje más de lo que lo había hecho en los quince años anteriores. Esto ni es loable ni admisible. Un misionero debe tener más fortaleza, más valor; pero ¡qué quiere V.!... Cada uno tiene su flaco y está hecho á su manera.

Desde entonces las cosas van marchando despacio. Me he puesto muy flaco; mis hermanos me hallan delgado, sin carnes, y cuando les digo que en París me llamaban el gordo de la Comunidad, se echan á reír á mis barbas. Me he vuelto muy friolento: tenemos una temperatura de 30 á 35°; pues á pesar de que mi abrigo está forrado de guata, hay necesidad de encender lumbre para hacerme entrar en calor. Son los trabajos que se pasan cuando uno empieza á aclimatarse. «Más vale pronto que tarde, dicen mis hermanos; temprano empieza V. Buena señal. Cuando los colores de su tez hayan desaparecido; cuando se habrá vuelto amarillo como nosotros, entonces podrá tenerse por completamente aclimatado y ser en China un Matusalen. ¡Animo, pues, y esperanza!»

(1) Cuando un francés en tierra extraña ve á otro francés, siente palpar su corazón.

Poco después de mi llegada se han ordenado dos subdiáconos chinos, los primeros que ha dado nuestro reciente seminario del Kuy-tcheu. Nuestro buen Prelado lloraba de alegría. Yo he cantado la misa solemne de acción de gracias, que ha terminado la fiesta. Esta se ha celebrado sobre la cumbre de una alta montaña, poco distante del seminario, en una hermosa capilla gótica china, punto principal de peregrinación de todo el Kuy-tcheu, y dedicada á Nuestra Señora de Liesse (1).

Mi mayor alegría ha sido bautizar á un chino viejo, á quien he puesto por nombre Jaime. Yo estaba conmovido, se lo aseguro. ¡Quiera Dios que este bautismo sea el principio de otros muchos! Para que mis votos se realicen cuento con sus fervientes oraciones.

UNA VISITA Á SAN ANTONIO DE SOGNO

(CONGO).

III.

Al Sudeste de la casa de los Padres Capuchinos, bien que probablemente sin tocar á ella, estaba situada la primitiva iglesia de San Antonio, cuya longitud vendrá á ser de 20 á 25 metros en la dirección de Este á Oeste. Por el contrario, las que la han sustituido estaban dirigidas de Nordeste á Sudoeste. También me han enseñado el solar del convento de los Capuchinos. Unos árboles seculares, que forman como una corona al rededor de este solar, confirman al parecer la relación de los negros. En cada lado de la puerta principal se hallaban sin duda dos gigantescos tamarindos, dando principio á la grande avenida que conducía á la casa.

Al entrar en esta avenida se descubre aún, medio enterrada, un antiguo cañon de grueso calibre. Esta pieza debía dominar la avenida y proteger la casa contra los ataques de los negros del interior. Hay allí todavía otros varios árboles de espesa sombra, cuya existencia se remonta ciertamente al tiempo de los misioneros.

Esparcidos acá y allá en torno de las habitaciones, y en un radio de trescientos metros, elévanse viejos coco-

(1) Este santuario, construido en la cumbre del Lu-tcheung-koan (pág. 353), fué bendecido el 10 de Setiembre de 1874, con asistencia de todos los misioneros de las estaciones próximas á la capital, y aún de algunos de los más apartados distritos. Los alumnos del seminario situado al pié de la montaña habían preparado banderolas y oriflamas, que en aquel día flotaban al viento, produciendo magnífico golpe de vista. Los cristianos de la ciudad de Kuy-yan y de sus inmediaciones habían acudido en gran número á la fiesta. En el seminario se organizó una procesion que fué extendiéndose majestuosamente por las laderas de la montaña, cantándose la Letania lauretana.

Esta solemnidad dejó un gran recuerdo en los anales del Kuy-tcheu y en el corazón de los que fueron sus testigos, y desde aquel día sobre todo la Mision ha sido objeto de una protección especial de la santísima Virgen.

«Un año antes (escribía un misionero), apenas comenzadas las obras de la capilla, circularon alarmantes rumores por el país. Decíase que los europeos construían una alta torre para batir toda la provincia. El cuerpo más elevado debía dominar hasta Hin-y-fu, al Sur; el del centro debía alcanzar hasta Tsen-ny y Tong-tsé, al Norte; y el inferior contenía los cañones destinados á batir la capital. Estos rumores no tardaron en desvanecerse ante la evidencia; mas, bajo el punto de vista de la fe, algo había de verdad en ellos, porque Nuestra Señora de Liesse defiende nuestra Mision, de Norte á Sur y de Oriente á Poniente, contra las malicias y asechanzas del demonio, no con cañones rayados, sino con el arma invencible de sus oraciones y de su poderosísima protección.» (N. de la R.)

teros, á quienes el tiempo y los huracanes han diezmado de tal manera, que ya no es posible hallar por ellos la disposicion del plan primitivo. Los negros han respetado estos árboles, como todo cuanto les dejaron sus Padres amados: aún han plantado y están plantando otros, que constituyen igualmente un monumento de la morada de los misioneros.

Así que llegámos al pueblo empezaron á plumar algunas gallinas, y al volver de mi paseo ya estaban terminados los preparativos del festin. El apetito se habia anticipado: dispúsose una mesa, extendiéronse los manteles; nada faltó á este banquete improvisado: gallinas á la *moamba* (guisadas con pimienta y aceite de palma), harina de yuca, vino de coco, nueces de coco, yuca fermentado y hervido, sin contar las pequeñas provisiones que nosotros traíamos; todo fué devorado en pocos instantes por los viajeros y portadores. Durante la comida pareció que Dios nos habia escuchado, enviando una lluvia menuda, que todos atribuyeron á las preces del Ganganzambiampongu. Yo aproveché esta circunstancia para decirles que debian continuar pidiendo al Señor el agua, y que si eran buenos serían escuchados; que se reuniesen todos en la capilla, especialmente los domingos. Mas estos pobres negros no sabian ya qué día era el domingo. Yo se lo enseñé, y Mr. Neves les encargó sobremanera que se lo preguntáran á él, caso de que volviesen á perder la memoria de este día santo. También observé que no conocian ya el uso de la campana.

Adelantaba el día; preciso era pensar en el regreso. Deseando, si posible fuese, volver á bajar por el río, envié algunos negros para que nos preparasen piraguas, por cuyo medio nos aseguraban podríamos volver al pueblo del rey. Esta direccion me era tanto más agradable, cuanto me proporcionaba ocasion de conocer mejor el país, y sobre todo visitar el antiguo cementerio de los Capuchinos, como tambien finalmente el pueblo de sus súbditos de otro tiempo, llamados hoy día «gentes de iglesia» (*gente da igreja*).

Subimos, pues, en hamaca, tomando próximamente la direccion del Este. El viaje es rápido, el sol de fuego y la llanura ardiente. En fin, al cabo de tres cuartos de hora llegámos al extremo de la llanura. Esta descende poco á poco en forma de semicírculo, al nivel de un gran valle que se prolonga hasta el río. En el flanco de este ribazo y en el valle se encuentra el vasto pueblo de las «gentes de iglesia.» No bien entramos en él, una muchedumbre inmensa nos rodea y nos acosa; todos quieren verme y hablarme. Allí, como en Sogno, les digo quién soy y lo que deseo hacer en su país. Allí, como en Sogno, gran satisfaccion por semejante nueva. Todos me reconocen como su Padre, como el sucesor de los Padres Capuchinos, y quieren guardarme en medio de ellos. Yo les respondo que por el momento no es posible; pero que volveré pronto, que edificaré una casa en lo alto del ribazo, en la entrada de la llanura, y que les instruiré y bautizaré, pues es preciso que todos vuelvan á ser cristianos como lo eran sus padres.

Dí una vuelta por el pueblo: en todas partes el mismo recibimiento, las mismas preguntas, las mismas respuestas y la misma satisfaccion. Ofrecíles llevar conmigo algunos niños á Landana para instruirlos. Convenimos en que al día siguiente irian á presentármelos en el pue-

blo del rey, al mismo tiempo que me llevarian las criaturas á bautizar (1).

Dirigíme en seguida al extremo del valle para embarcarme, y regresar por el río á mi morada; pero como aquel día no se pudo encontrar más que una piragua vieja, toda agujereada, por fuerza tuve que tomar la vía de tierra. Cercioréme, sin embargo, de que el río se detiene en este punto, porque las piraguas no pueden subir más: esto probaria que el río de San-Antonio no es otra cosa que un ancon. En efecto, la marea se deja sentir hasta dicho sitio, el cual no es otro que el puerto de Pinda, tan célebre en las historias de este país.

Apenas hube entrado en mi casa en el pueblo del rey, cuando vinieron á decirme que el príncipe me estaba esperando para hablarme, pero que deseaba fuése solo, porque no concedía audiencia más que á mí. Eran casi las seis de la tarde; la luz del día iba á desaparecer. Comimos, pues, Mr. Neves y yo, y despues de haberme despedido de este excelente compañero de viaje, me dispuse á presentarme al rey. Eran las ocho poco más ó menos.

Trasladéme á la gran plaza, sitio habitual donde Su Majestad recibe á los extranjeros. Al momento el rey descende de su palacio: sus vestidos eran más sencillos y su cortejo menos numeroso que la vez primera. Viene hácia mí, me saluda, me aprieta la mano con afecto y aire gracioso, me hace sentar y se sienta. Despues, tomando, segun costumbre, su crucifijo con las dos manos, el rey da la bendicion á todo su pueblo. El cielo era puro, la luna resplandecía en el firmamento, estaba el aire tranquilo, ningun ruido turbaba el silencio de aquella noche encantadora.

A una señal que me hicieron empecé á hablar. Expuse bastante largamente lo que habia sido aquel país, que yo conocia por los libros de los blancos; lo que habian sido en otro tiempo los condes y los duques de Sogno, y los pueblos á quienes gobernaban; lo que los antiguos misioneros habian hecho por ellos, y finalmente lo que debian volver á ser, rey, habitantes y país. Dijeles cuáles eran mis intenciones, los medios con que contaba para llevar á cabo mis designios, y lo que ellos por su parte debian practicar para que la obra tuviese feliz éxito.

Todos me escucharon contentos. El rey me respondió que estaba entusiasmado de verme en su compañía, y él mismo me pidió ser bautizado. Dijele que tal era mi más ardiente deseo, pero que era necesario ante todo darle á conocer la religion cristiana; que á la sazón el tiempo me apremiaba; que pronto volveria. En testimonio de mi buena voluntad propuse bautizar desde el día siguiente todos los niños de pecho que me presentasen. El rey pareció quedar contento de mi respuesta.

Deseando aprovechar las buenas disposiciones de ese pueblo, como tambien la autoridad que tiene aún entre ellos el sacerdote, creí debia establecer las siguientes bases: 1.^a Los misioneros, como no son unos negociantes que se introducen en el país para ganar dinero, de ningun modo estarán sujetos á los pesados impuestos exigidos á los explotadores; 2.^a deberá garantizárseles una seguridad completa; 3.^a el rey les concederá un terreno á la entrada de la llanura de San-Antonio, lugar sano,

(1) Desde el mencionado pueblo al del rey apenas hay media hora de viaje, mientras se necesita cosa de una hora para hacerlo á pié.

bien aireado y próximo al pueblo del rey y al de las «gentes de iglesia.»

Contestóme el rey que en cuanto á los impuestos no opondría por su parte dificultad alguna, si bien acaso no sucedería otro tanto por parte de los numerosos señores del reino: que respecto á lo segundo, de nadie absolutamente tendríamos que temer. Por lo que hace al terreno que yo deseaba, no podía cedérmelo, por cuanto en su pueblo y en todos sus alrededores habia mucho espacio y muchos sitios más agradables y fértiles, y sobre todo porque las «gentes de iglesia» no eran buenas.

Bien comprendí el interés que le animaba en tenernos en su pueblo junto á él: veíase por otra parte estar contrariado con no poder complacerme en todo cuanto le pedía. La ocasión no me pareció á propósito para insistir más. Pedí llevarme á Landana algunos niños para instruirlos y bautizarlos, á lo que accedió sin inconveniente. Conversámos todavía algunos instantes sobre la Mision de Landana, sobre los niños que allí educamos y sobre los buenos resultados que hemos obtenido hasta el presente. Despues nos separámos á eso de las once.

CRÓNICA.

Roma. — El día 5 de Julio, fiesta de los santos hermanos obispos Cirilo y Metodio, apóstoles de los eslavos, Leon XIII recibió en solemne audiencia, en la vastísima sala situada sobre el pórtico de la basílica Vaticana, á la peregrinación eslava, llegada á Roma para venerar la tumba del Príncipe de los Apóstoles y manifestar juntamente al glorioso Jerarca reinante el homenaje más profundo, y su viva y eterna gratitud filial por el señalado beneficio recibido en la inspirada encíclica *Grande munus* de 30 de Setiembre del pasado año, dirigida á todo el Episcopado católico, en virtud de la cual se elevaba á fiesta de toda la cristiandad la memoria de los mencionados santos Apóstoles, celebrándose el mismo día 5 por vez primera su aniversario en la Iglesia universal.

La devota y numerosa peregrinación, que ascendía á mil trescientos individuos, representaba en sus múltiples diputaciones las varias clases sociales, formando parte de ella ilustres obispos, eximios prelados, distinguidos eclesiásticos y religiosos, reputados sabios, miembros ilustres de la nobleza y de la clase media, y honrados hijos del trabajo y de la gleba.

El átrio superior de la Basílica presentaba un espectáculo imponente, al que daba realce la riqueza y variedad de los trajes de los peregrinos. Hallábanse presentes los Cardenales, la Corte pontificia, los obispos y prelados.

Su Santidad entró en la silla gestatoria y recorrió la sala, bendiciendo á la multitud, que se arrodillaba á su paso.

Cuando Leon XIII hubo ocupado el trono, adelantóse el Ilmo. Strossmayer, obispo de Bosnia y Sirmio, y leyó un notabilísimo mensaje latino, que fué saludado, en señal de adhesión, con tres calurosos y unánimes vivas á las palabras: *Ubi Petrus, ibi Ecclesia*. Despues invitó á los peregrinos á prestar juramento de fidelidad.

Todos los eslavos juraron. Fué un espectáculo sublime.

El Papa contestó en latin. Dijo que desde el principio de su pontificado, al ver á los pueblos cercanos afligidos de desventuras, dirigió su vista al Oriente para buscar allí consuelo, ya en el recuerdo del pasado, ya en las esperanzas del porvenir. Sus deseos han sido satisfechos. Los eslavos han demostrado que están llenos de amor á la Santa Sede.

Añadió que el movimiento de los pueblos orientales prueba la unidad de la Iglesia. Dijo que Jesucristo derramó su sangre para cimentar la fraternidad humana. Los cristianos forman una sola familia. Para conservar esa unidad, es necesaria la primacia de la Sede de Roma.

Leon XIII recordó en seguida la historia de los santos Cirilo y Metodio y las relaciones de los eslavos con Roma.

Hizo ver la solicitud de los Papas por la religion y la civilización de los eslavos. La comunión con la Iglesia ha sido y será un gran beneficio para ellos.

Terminó diciendo que los eslavos tienen un magnífico porvenir social, y puso el sello á la imponente ceremonia dando solemnemente la bendición apostólica.

Entonces el eminentísimo cardenal Ledochowski empezó á llamar á las gradas del trono pontificio á las diversas diputaciones, las cuales, despues de haber prestado homenaje al Padre Santo mediante el beso del pié y de la mano, le presentaron las ofertas en nombre propio y de sus respectivos compatriotas.

Al mismo tiempo presentaban á Su Santidad voluminosos álbums de firmas artísticamente hechos.

Finalmente, los devotos peregrinos eslavos eran singularmente acogidos por Su Santidad y confortados con paternales y benévolas palabras, y así se terminó esta magnífica manifestación de fe religiosa y de fervor católico, que formará una página esplendísima en la historia de la Iglesia y de la nación eslava.

Inglaterra. — El *Tablet* publica la siguiente estadística de las diócesis de Inglaterra y Escocia:

Diócesis.	Poblacion católica.	Iglesias y estaciones.
Liverpool. . .	332,595	141
Salford. . .	209,484	104
WESTMINSTER. . .	160,000	105
Hexham. . .	150,000	104
Leeds. . .	96,000	98
Birmingham. . .	85,000	108
Sutwark. . .	80,450	145
Shrewsbury. . .	47,651	74
Newport. . .	54,896	58
Middlesborough. . .	26,584	47
Nottingham. . .	19,118	70
Clifton. . .	15,789	41
Plymouth. . .	13,000	37
Northampton. . .	6,026	47
EDIMBURGO. . .		54
Dunkeld. . .		26
Galloway. . .	97,992	32
Argyll. . .		38
GLASGOW. . .	199,738	77
Aberdeen. . .	12,000	51
Totales. . .	1,586,023	1,463

— El *Catholic Times* de Lóndres anuncia la conversion de un ministro anglicano de Leicester, el Rev. R.-B. Sankey. El cardenal Manning ha recibido la abjuración del recién convertido.

Dinamarca. — Fructuoso ha sido el viaje que el Ilmo. Mermillod ha hecho por los países protestantes del Norte, en donde ha tenido una acogida muy favorable, segun las noticias que ya conocen nuestros lectores. En Aarhus, ciudad principal de Jutlandia (Dinamarca), consagró una nueva iglesia de estilo gótico, adornada de magníficas vidrieras, esculturas y medallones. Esta solemne fiesta se celebró el 22 de Mayo, y en ella predicó ante un numeroso auditorio compuesto en su mayoría de protestantes.

Constantinopla. — Un religioso Franciscano ha escrito al *Osservatore romano* la siguiente carta, que contiene consoladores detalles de la fiesta del *Corpus* en la capital del Imperio otomano:

«Pera, Santa Maria 20 de Junio de 1881.

«Como en los años pasados, el día 16 de este mes se ha solemnizado aquí la fiesta del *Corpus* del modo más espléndido y edificante. Nuestro divino Redentor ha sido llevado en triunfo por las calles de esta ciudad, sede del islamismo, entre las oraciones de los creyentes y la respetuosa actitud de los demás, sin que el orden ni la tranquilidad pública se alterasen lo más mínimo un solo instante.

«El jueves pasado, á las cuatro y media de la tarde, despues de las Vísperas solemnes salió la procesión, con majestuoso aparato, de este convento de Santa Maria por el camino de Pera, y era un consuelo ver el séquito que formaba la gran multitud de fieles, llenos de compostura y devoción. Ayer (dominica *infraoctavam*) gran parte de nuestra Comunidad religiosa fué á la parroquia de San Pedro, de Padres Dominicos de Gálata.

«Antes de dar el toque los fieles acudían á centenares de todos los barrios de la vasta metrópoli. Ofició el Ilmo. Fedele, de Menores re-formados, residente aquí.

«La procesion recorrió las calles Kulé, Heđek, el grande y pequeño bazar Perchembé, la calle del Banco Otomano y la de San Jorge. Formaban la procesion un grupo de jóvenes vestidas de blanco que llevaban el estandarte de la parroquia, en el que estaban representados la Inmaculada Concepcion y los apóstoles san Pedro y san Pablo; las alumnas de las Religiosas italianas, de las escuelas de externas, de las escuelas de la Caridad y los discípulos de los Hermanos de la doctrina cristiana. Detrás iba la Cofradía del santísimo Rosario con sus quince estandartes, símbolo de los quince misterios, llevados por niñas vestidas de color de rosa, azul y blanco, con velo estrellado de oro y corona en la cabeza; además el gran Crucifijo y el gran estandarte de Nuestra Señora del Rosario, de santo Domingo y de santa Catalina, llevados por los cofrades, y una banda de música que hacia oír sus armónicos conciertos.

«Venía luego la cruz de la parroquia, á la que seguían los sacerdotes y varias dignidades eclesiásticas con sus más lujosas vestiduras, segun los diversos ritos siro, búlgaro, griego y latino, y todas las Comunidades religiosas de Pera y Gálata.

«El himno se cantaba alternado, y se repetía como eco unísono por mil y mil voces entre el perfume del incienso. El Prelado dió la bendición con el santísimo Sacramento en cinco altares, levantados en la carrera que debía recorrer la procesion. Gran multitud presenciaba la solemne ceremonia. Las ventanas y balcones de las casas estaban adornados de brocados y damascos, y de ellos descendía una lluvia de flores que adornaba hermosamente la carrera. En todas las esquinas se veían ondear la media luna y la bandera de todas las naciones. Tanto las casas de los católicos como las de los cismáticos, de los protestantes y de los mismos judíos estaban de gala.

«El presidente del Consejo municipal, Blak-Bey, hizo limpiar todas las calles por donde debía pasar la procesion, y luego la devoción de los fieles las adornó con acacias y laureles. Un piquete de soldados turcos precedía y seguía la procesion, que cerraban los guardias enviados expresamente por los oficiales de policía residentes en el Vavada de la mezquita de Azab-Gianny.

«Dignese, señor Director, acoger en su periódico esta carta, con la cual me propongo comunicar á los demás el contento que experimentan los Padres Franciscanos de Constantinopla al ver que bajo sus ojos renace y florece la antigua fe del Oriente.—P. Aniceto, del Santo Angel de los Lombardos, de Menores Reformados.»

Tong-king meridional (Anam).—El Rdo. Frichot, de las Misiones extranjeras de París, provicario apostólico del Tong-king meridional, que ha vuelto á su Mision despues de algun tiempo de permanencia en su país, motivada por el mal estado de su salud, escribe desde su residencia:

«Sería necesario conocer todo el afecto que Dios ha infundido en el alma del misionero en bien de sus cristianos, para poderse formar una idea del gozo que he sentido al encontrarme de nuevo en medio de mi querida grey. Al divisar de lejos mi capilla la emocion embargó mi corazón. Sacerdotes indígenas y cristianos me creían muerto para ellos. ¡Qué dicha ver otra vez al Padre! De sobras me lo decían las lágrimas que corrían por sus mejillas. No obstante su pobreza, cada cual quería ofrecirme algun presente en arroz y otros productos del país. Pero la alegría no era sin mezcla. En vano buscaban mis ojos caras muy conocidas. Algunos habían sucumbido durante la última época de hambre. La mayor parte, flacos y descarnados, llevaban las señales de los sufrimientos causados por tan terrible azote. Habíanse visto obligados á alimentarse de yerbas y raíces que arrancaban en los montes. El Ilmo. Croc, contando con las limosnas que yo debía traer de Europa, ha contraído muchas deudas para socorrer á los hambrientos. El arroz, venido de lejos por mar, comprado á un precio exorbitante y distribuido por S. I., ha disminuido la mortandad. En estos momentos la cosecha se presenta bien.

«He debido hacer un viaje de 50 leguas para presentar mis homenajes á nuestro venerable Vicario apostólico. Sentado en una piragua, simple tronco de árbol ahuecado, bogaba entre dos cordilleras de altos montes, ora agrestes y pelados, ora poblados de árboles hasta la cima. El río era sinuoso y rápido, y á cada momento debíamos descender cascadas interceptadas por gruesas piedras y ofreciendo sólo un estrecho paso á nuestro esquife. Bastaba un movimiento demasiado brusco, un golpe torpemente dado con el palo de virar, para que nos estrelláramos contra los escollos, como á tantos otros ha sucedido. Así es que me estaba muy quieto en la barca. A veces procuraba aparentar tranquilidad conversando con mis cristianos, gente del oficio, que se reían del peligro; pero interiormente no los tenía todos, sobre todo cuando veía la piragua deslizarse derechamente hácia gruesos peñas-

cos que se levantaban delante de nosotros. Pero un solo golpe de palo de virar dado con presteza y oportunidad nos hacia desviar ligeramente.

«Cuando menos lo esperaba, oí que me llamaban desde la orilla. Desembarqué, no sin gran trabajo, y me encontré con una pobre mendiga reducida al último extremo y tendida en tierra sobre una mala estera. Arrodiéme, y recibí su última confesion. Luego, mientras mis cristianos rezaban ó mejor cantaban la Letania de la santísima Virgen por la moribunda, le administré la Extremaunción. Dejéla tranquila y resignada, y continué mi viaje, dichoso por haber facilitado á un alma la entrada en el cielo.

«Mi llegada á la residencia del Vicario apostólico causó una explosión de alegría general. Mis compañeros, noticiosos de mi próxima vuelta, se habían reunido todos. Había dejado hermanos y amigos en mi patria, y en el Tong-king volvía á encontrar otros amigos y hermanos. Héme aquí, en fin, en mi antiguo puesto. Las conversiones continúan, aunque lentamente, y desde mi regreso cuento ya cuarenta bautismos de adultos.

«He celebrado las fiestas de Navidad en un pueblo cuyas tres cuartas partes de habitantes son paganos. No atreviéndose á perseguir abiertamente á los cristianos, buscan siempre mil pretextos para vejarnos. El jefe de la cristiandad se me presentó, diciendo:

«—Vuestra presencia, Padre, me sirve de mucho consuelo. Llamándos, sé que los paganos van á desahogar en mi su rabia; pero estoy resignado á perder lo poco que tengo, y aunque me cueste la vida, no cederé.

«Este pueblo, en extremo pobre, no tiene iglesia. Una choza fué dividida en dos mitades por un tabique de bambú, y una de ellas, que media unos siete metros cuadrados, sirvió de capilla. En ella canté la misa de media noche y la de la aurora. Mis cristianos estaban muy estrechos, y llenaban el recinto hasta las gradas del altar. Entoné con gran alegría de mi corazón el *Gloria in excelsis*: Gloria á Dios y paz á los hombres de buena voluntad. ¡Ah! me decía: ¿no es á estas almas piadosas y de fe sencilla á quienes se dirigen mis últimas palabras? Espero que el buen Jesús, á quien han recibido en su pecho, les fortificará, y que perseverarán firmes y constantes en el bien.

«Hoy me encuentro de regreso en mi residencia, de donde os escribo. Hasta ahora no me ha faltado que hacer. He debido dar sucesivamente ejercicios espirituales á los trece sacerdotes de mi distrito, á las Hermanas indígenas y á los catequistas...»

Senegambia.—El P. Riehl, de la Congregación del Espíritu Santo y del Corazón de María, escribe desde Ngazobil con fecha 9 de Febrero:

«Hace poco tiempo hablé de la nueva estacion establecida en el pueblo de Fadiute y de las buenas disposiciones que manifiestan los negros de esta localidad. El enemigo de todo bien no ha podido ver esto sin envidia, y hoy los dos tercios del pueblo están reducidos á cenizas. El fuego ha prendido en una de las chozas de la Mision á causa de un fuerte viento del Este. La morada de las Hermanas y las dos cabañas del P. Diouf y del Rdo. Simon, clérigo indígena que le sirve de auxiliar, no son más que un monton de ruinas. Todo ha sido pasto de las llamas: ropa, armarios, camas, muebles, provisiones, etc., lo cual es un gran desastre en nuestra extrema pobreza. La pérdida que más sentimos es la de un diccionario manuscrito del P. Luiset sobre la lengua *serera*.

«La parte Norte del pueblo ha sido presa enteramente de las llamas, y todos trabajan con ardor en la reconstrucción de las chozas. Mañana me dirigiré al lugar del siniestro para dirigir y activar los trabajos. Felizmente este percance no ha perjudicado en nada la propagación de nuestra santa religion. Esperamos que la Providencia sacará, una vez más, bien del mismo mal.»

Filipinas.—En una afectuosa carta que el P. Tramuta, de la Compañía de Jesús, dirige al señor Presidente de la Asociación de católicos de Barcelona, despues de manifestar dicho misionero la más expresiva gratitud por los donativos de objetos varios y en especial de ropas, usadas y nuevas, que procedentes de nuestra ciudad y de Tarragona se han recibido en la Mision de Mindanao, manifiesta la ansiedad con que era esperado ese cargamento que la piedad de los católicos les dirigía para cubrir la desnudez de los *manobos* convertidos á nuestra santa fe, muchos de los cuales, dice, no asisten á la santa Misa por falta de vestido. Hace una expresiva pintura de la tristísima situación de los habitantes de los montes en Mindanao, Butúan y Talacogan (hoy bajados al llano), cuya miseria y necesidad es tanta que despedaza el corazón de los misioneros, cuya aflicción es mayor al ha-

llarse faltos de recursos con que remediarla. En la jurisdicción de Buntinan han recibido el bautismo, durante el año pasado, 1,815 catecúmenos, de los cuales 800 no tienen un pedazo de ropa con que cubrir su desnudez; y si á ellos se agregan los nuevos convertidos en la Misión de Bunavan y Alto Agusan, aún cuando se triplicase el envío de ropa, no bastaría para cubrir la necesidad que de ella se siente. Los pobres manobos no sintieron la necesidad de vestirse hasta que, instruyéndose en el Cristianismo, conocieron la ley moral que les imponía tal deber, y por ello solicitan con viva instancia algo con que cubrirse, esperando luego con su trabajo proporcionarse vestido correspondiente.

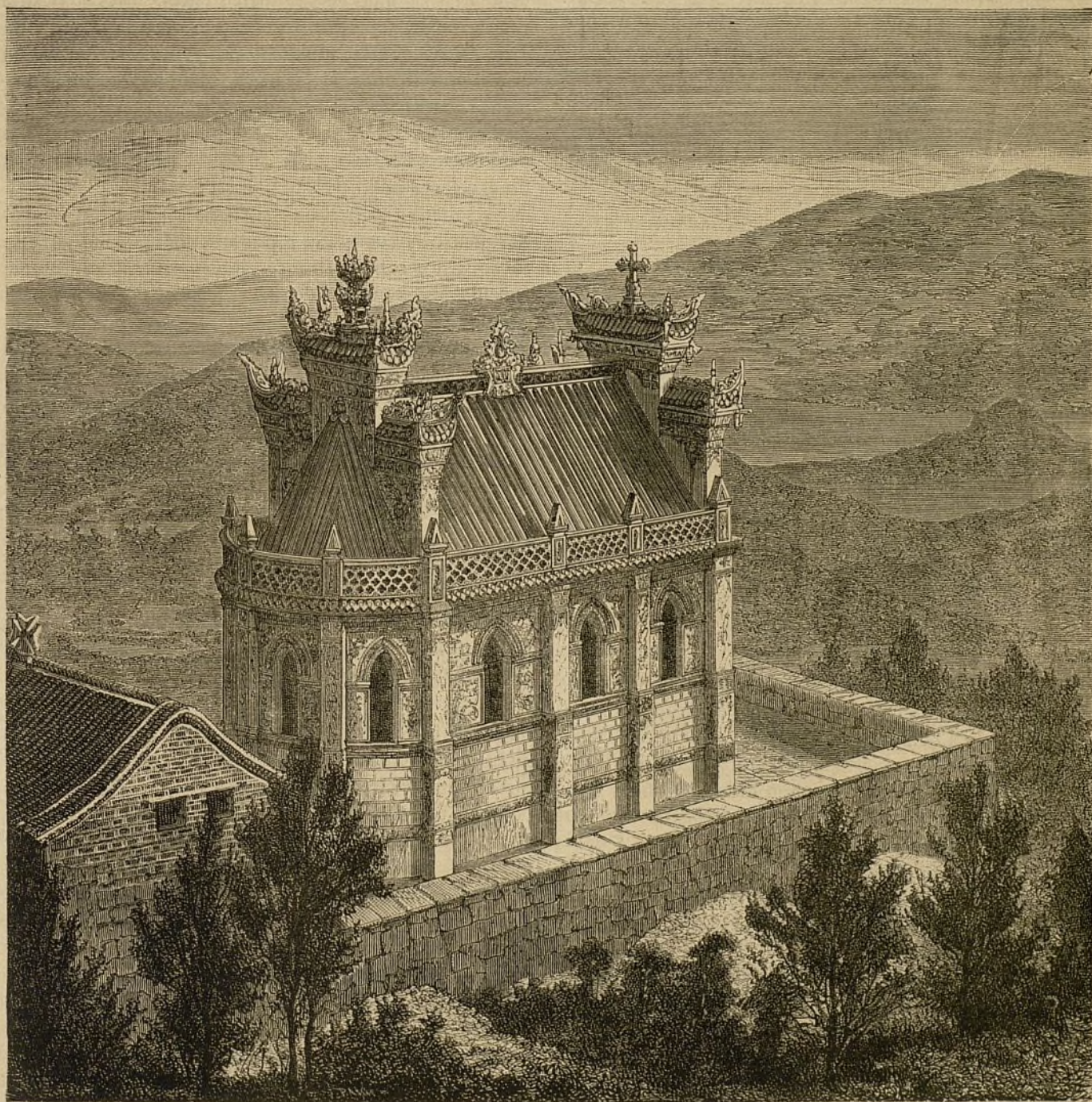
Añade luego que el P. Urios está en el Alto Agusan convirtiendo nuevos manobos y preparándoles para el bautismo, y por último hace una ligera reseña de las costumbres y modo de vivir de dichos manobos, y de las dificultades con que tropieza el misionero para apartarlos de la vida nómada y de las costumbres salvajes á que están apegados. El P. Urios ha bautizado en dos meses: 44 en Tolosa, 382 en las Nieves, 160 en Guadalupe, 145 en Amparo, 76 en San Luis, 36 en Talacogan, 83 en Bunavan, 136 en Tudela, 154 en Trento, 60 en Patrocinio, y 100 en Alacogan; total, 1,376.

Los nuevos convertidos desean la presencia del misionero para ser instruidos, pero la falta de personal en la Misión hace imposible acceder á tal deseo. En Sagunto, pueblo de reciente fundación, han construido ya la iglesia y el convento para obligar de esta suerte á los misioneros á permanecer entre ellos.

Termina su carta recordando su gratitud á la piedad española, y rogando de nuevo á todos nuestros hermanos de España, que recuerden el número de necesidades apremiantes, en especial de ropas, que aún se siente en aquella Misión.

Canadá.—El Gobierno del Canadá acaba de honrarse reparando los crímenes de la madre patria. Con la aprobación de los Cuerpos colegisladores, ha incluido en el presupuesto del Estado una suma de 50,000 pesetas en favor de los reverendos Padres trapenses de Bellefontaine, en Anjou, que van á crear en América un grande establecimiento agrícola que se les ha ofrecido en las orillas de San Lorenzo.

El reverendo Padre Abad asistía á la sesión en que esa resolución fué tomada, y el Presidente de la Cámara le hizo sentar á su derecha, yendo á cumplimentar al ilustre expulsado todos los jefes de los grupos parlamentarios.



KUY-TCHEU (China).—Santuario de Nuestra Señora de Liesse. (Pág. 349).

NUEVA NURSIA.

TERCERA PARTE.

HISTORIA NATURAL.

CAPÍTULO I.—ZOOLOGÍA.

§ II.—Aves.

Si la Australia sólo posee reducido número de peces y cuadrúpedos mamíferos, ofrece en cambio suma variedad de aves. La parte occidental de aquel continente no cuenta menos de 183 especies, clasificadas por los naturalistas en cinco órdenes diferentes: las rapaces (*raptores*), las percheras (*insessores*), las gallináceas (*rasores*), las zancudas (*grallatores*) y las palmípedas (*natatores*).

1.—Al frente de las rapaces encontramos el águila, representada en Australia por varias especies: el águila leonada (*aquila fucosa*), de la familia de las pigargas, que habita en la espesura de los bosques y huye á la aproximación del hombre; el águila negra (*aquila morphnoides*); la *ichthyaetus*, pescadora de peces, que tiene vientre, cabeza y parte de la cola blancos, y la *halyaetus*, que tiene asimismo de un blanco de leche cabeza y pecho, y el resto del plumaje de color castaño. El águila leonada es tan grande y fuerte como la real. De un picazo puede matar un cordero de seis á siete meses, y sus alas son asaz potentes para permitirle llevar en su vuelo una presa de más de quince libras. «Varias veces, dice el Ilmo. Salvado, en mis correrías á través de los bosques he visto á esta águila, que los indígenas apellidan *walge*, arrebatar un *kanguru-rat* sin detener su vuelo.»

Tras las águilas vienen los halcones: el *hypoleucus* ó halcón blanquizco, casi pardo oscuro; el *melanogenys* ó halcón negruzco, que tiene el bajovientre rojo-gris, estriado de negro; el *frontatus*, notable por su frente pardusca, sus alas de un pardo moreno, la parte inferior del cuerpo rojizo claro, estriado de negro; por fin el *milvus isurus* ó milano de cola cuadrada. El naturalista Gould habla también de un buitre (*white goshawk*) completamente blanco, mas lo considera como un albinos en su especie, opinión que no comparte el sabio William Jardine.

2.—Entre las aves percheras y carnívoras deben contarse en Australia los cuervos, que se ven pasar por bandadas de siete á ochocientos, causando grandes daños en las tierras, aunque es cierto las purgan de gusanos, orugas y otros insectos nocivos. Son menos grandes que sus congéneres de Europa. «Una singularidad del cuervo de Australia (*corvus coronoides*), refiere el Ilmo. Salvado, es su canto, muy distinto del desagradable *cuac* de los cuervos europeos. Apenas posado sobre la rama de un árbol, si advierte que álguien le escucha empieza á cantar, pero de un modo extraño, con ciertos semitonos de un efecto cómico y movimientos de cuerpo no menos chuscos, y por último alarga considerablemente la final como ciertos chantres de catedral. Así parece burlarse de los que se paran para verle, y que no pueden contener la risa al oír tan singular cantor.»

Deben también contarse entre las aves percheras ó trepadoras de la región que nos ocupa, los papagayos, cuyas especies son tan numerosas que no podríamos deta-

llarlas todas sin fatigar á nuestros lectores. Hé aquí las principales:

El papagayo blanco (*plyctolophus galeritus*), vulgarmente llamado *kakatoes*, palabra que expresa bastante bien los sonidos de su voz chillona. Tiene un magnífico copete de plumas deshiladas y eréctiles que se levanta cuando monta en cólera. Los *kakatoes* andan en bandadas de muchos centenares, y si se detienen sobre campos sembrados los devastan completamente. Mientras están paciando ponen centinelas en diversas direcciones, y los que están así de guardia no cesan de hacer oír su grito estridente y desagradable, como demostrando que cumplen su empleo de mala gana. Estas aves construyen sus nidos en los huecos de los árboles. No tienen en tierra el andar pesado y torpe de los demás papagayos; pues son por el contrario vivos y ágiles en sus movimientos y trotan por pequeños saltos. Su tamaño es el de una gallina, y tienen mucha fuerza en su pico encorvado y en las uñas de sus anchas patas. Se les domestica con facilidad, y pronto aprenden á hablar y á imitar el grito de los demás animales. Su mútuo cariño es tal que si uno de ellos, al ser herido, lanza un grito, al momento acuden todos para defenderle y persiguen denodadamente al agresor. Cuando jóvenes son muy buenos para comerlos asados, y la carne de los viejos procura un excelente caldo. Existe una especie de esos *kakatoes*, cuyo soberbio penacho, blanco en el exterior, es rojo por dentro, y cuando lo levantan tienen un aire majestuoso. Estos son los *kakatoes sanguinea* de los naturalistas, más raros que los demás.

Los papagayos negros de cola blanca (*calyptorhynchus naso*) y los negros de cola roja (*calyptorhynchus baudinii*) son de índole salvaje y difícilmente puede domesticárseles. Su estatura es muy inferior á la de los que acabamos de describir. Por último, encuéntrase en Australia extraordinaria cantidad de papagayos verdes, cuyas numerosas especies son más ó menos ricas en colores brillantes, y casi todos muy fáciles de domesticar; empero su talla no excede á la del gorrión de Europa, y no hablan, sino que silban como los mirlos.

3 y 4.—Entre las gallináceas peculiares de Australia mencionaremos la *bisbiglia*, especie de oca de gran talla. Los ingleses la denominan el pavo salvaje (*wild turkey*). Esta ave, que pesa comunmente de quince á diez y siete libras, tiene hasta siete piés de punta á punta de las alas. Su plumaje es gris blanquecino como el de ciertas ocas de Europa. Deposita sus huevos, siempre en corto número, en nidos hechos de raíces y en los lugares más espesos de los bosques. Otra ave del mismo género, el *udda*, á la que los colonos de Perth dan el nombre de pichón de Australia, parece mucho á la perdiz por las dimensiones de su cuerpo, por su vuelo corto y rápido, por sus costumbres y por el olor de su carne. Encuéntrase en gran número, durante el estío, en la orilla de los estanques y charcos de agua.

El ave mayor de Australia es el *emu* ó casobar (*rhea Nova-Hollandia*), llamado también avestruz australiano, cuya talla llega hasta siete piés. Este avestruz es parecido al de América, y no tiene la cabeza desprovista de plumas como el de África. Sus alas no son mayores que las de la gallina y no pueden servirle para el vuelo. Las extiende como dos pequeñas velas para acelerar su

marcha, que es más rápida que la del caballo árabe. El casobar de Australia, llamado también por esta razón *dromee* (corredor), no tiene moño ni tampoco puntas en las alas como el casobar del archipiélago indico. Sus plumas son de forma bastante singular: largas de cinco á seis pulgadas, sutiles y raras, apenas cubren el cuerpo de esa grande ave. A dos pulgadas fuera de la piel el cañoncito se bifurca en dos plumas absolutamente iguales. Un mazo de esas plumas un poco más largas y pendientes forma toda la cola. El *emu* pone cada vez ocho ó diez huevos del tamaño poco más ó menos del de la avestruz africana, equivaliendo cada uno á veinte huevos de gallina. Su cáscara es durísima y de un color azul apagado. Cuando es perseguido, el *emu* escapa fácilmente á los mejores ginetes, y los lebreles más veloces raras veces consiguen alcanzarle, á menos de sorprenderle en su yacija, y aún entonces el gigantesco volátil, cuando el perro le estrecha de cerca, sabe muy bien darle una coz con su enorme pata y dejarle muerto en el acto.

Esas aves van por grupos de quince á veinte; sin embargo, con frecuencia viven en parejas aisladas. A lo largo del lomo tienen una capa de grasa de cinco á seis pulgadas de espesor, de la que se saca excelente aceite, tanto para condimento como para remedio. Su carne es tan succulenta como la del buey, sobre todo en estío, esto es, en Diciembre y Enero, en cuyo tiempo encuentran en los bosques una yerba llamada *pataca* por los indígenas, que contiene un grano que es uno de sus alimentos favoritos. Los pequeñuelos del *emu* cuando corren hácia su madre dan gritos bastante parecidos al silbido del hombre, y la última hace oír, en vez del cloqueo de la gallina, un sonido fuerte, como los golpes redoblados del tambor.

El casobar se domestica fácilmente, y sigue entonces á su dueño como un perro. Véase lo que refiere el Sr. de Castella:

«Teníamos en la estación (de Yering) un magnífico casobar al que se había perseguido y alcanzado, muy joven aún, en una fresca mañana de invierno. Habíase hecho tan familiar, que era el favorito de todos. Al montar á caballo alguno de nosotros brincaba sobre sus dos largas piernas, levantando y bajando su cuello, del mismo modo que un perro joven salta delante del caballo de su amo para demostrarle su gozo por la carrera que van á emprender. Llamósele Tommy, y todo le era permitido. Cuando la puerta del comedor estaba abierta, y dispuesta la mesa para el té, si Typoon, el doméstico chino, había preparado algunas golosinas de su repertorio, Tommy lo devoraba todo antes que el chino tuviese tiempo de salvarlo, y lo mismo sucedía con los ciruelos y los higos que nuestro cocinero hacía secar al sol. Al venir éste á lamentarse contra el casobar, no podíamos menos de reírnos de sus quejas, y el ave inteligente se engallaba, de suerte que el chino y él eran enemigos personales.

«Como Tommy era más grande que Tschimma (hermano de Typoon), lo había escogido particularmente por su víctima: al percibirle de lejos, corría á echársele encima, dábale fuertes golpes de pico en la espalda, y con frecuencia le pellizcaba su larga cola y se la echaba atrás, lo que encolerizaba de tal suerte á Tschimma, que divertía á todos. Un día en que el ave trataba al chino con su acostumbrada irreverencia, éste, que salía de la

cocina, teniendo en la mano por desdicha un tenedor de hierro, en su cólera precipitose sobre el animal y le hizo saltar un ojo. Hubo desolación general en la estación, y al día siguiente Tommy había desaparecido. Nunca se encontró vestigio de él, y suponemos, tanta era la sensibilidad que le atribuíamos, que indignado de semejante tratamiento quiso volver á los bosques, y que siguiendo la larga trinchera hasta el río, caería en él y se ahogaría.»

Hablemos ahora de algunas aves colocadas por ciertos naturalistas en el género de los gorriones y por otros en el de las gallináceas.

La más bella es sin contradicción el ave lira (*menura superba*). Su plumaje es generalmente de un pardo que tira á gris; las plumas de la cola, que levanta y baja á voluntad, son en extremo notables. Doce de ellas, muy largas y de tallo delgado, con barbas deshiladas y bastante apartadas, forman como las cuerdas de la lira. Dos plumas medianas, angostas, guarnecidas sólo por una parte de barbas estrechas, se encorvan en arco cada una por su lado. Figuran el cuerpo del instrumento con otras dos plumas externas, redondeadas en S y que tienen sus barbas exteriores sumamente cortas, mientras que las interiores, grandes y espesas, forman una ancha cinta, dibujando de este modo el contorno de la lira, y listado alternativamente de bandas pardas y rojas. Esta bella ave es de la talla de una gallina común, y vive con preferencia en los lugares cascajosos, en las montañas. En extremo desconfiadas, las liras abandonan los grandes bosques, en donde anidan, así que despuntan los primeros rayos de la aurora, y dirígense á lugares menos cerrados en busca de alimento. El macho es generalmente seguido de muchas hembras, en lo que esas aves tienen alguna afinidad con las gallináceas. Su carrera es más veloz que su vuelo, y es difícil seguirla aún con los mejores perros: sólo cuando se ven perseguidas de muy cerca vuelan para refugiarse primero en las ramas más bajas, y saltando luego de una á otra, alcanzan la copa, y refúgianse en la más densa copa, hasta que no ven el menor peligro en mostrarse.

El ave lira es pájaro cantor, y puede decirse, sin jugar con los vocablos, que tiene más de una cuerda á su voz, pues posee la facultad de imitar perfectamente el canto de las otras aves, hasta el punto de que éstas, engañadas por el gorgo prestado, vienen á posarse junto á ella. La lira se nutre de las larvas que encuentra en los despojos que cubren el suelo.

Un pajarito que apenas tiene tres pulgadas de largo salta graciosamente en los bosques de Australia. Entorpecen algo sus movimientos cuatro plumas caudales que tienen casi doble longitud que su cuerpo.

Otro pájaro, del género de las megapódides, llamado *n-gu* por los indígenas y *leipoa* por los naturalistas, tiene mayores dimensiones. Es una especie de gorrión notable por su pico estrigilado. Construye su nido de un modo particular. Con el pico y las gruesas patas, que tienen una fuerza nada común, levanta una pirámide de tierra ó de arena de siete pies de diámetro y tres de altura, en cuya cúspide practica un hueco de un pie de profundidad, en el cual pone sus huevos, que recubre con una ligera capa de tierra, dejando al calor del sol el cuidado de empollarlos. Cuando los pequeñuelos están á punto

de nacer, la madre acude á descubrirles, les ayuda á salir de la cáscara y vuelve á los bosques con su tierna familia. El naturalista Gould cuenta otras dos especies de estas aves constructoras de montículos: el *tallegalla* y el *megapodius*. Se ha observado que mezclan á la tierra y á la arena despojos vegetales, cuya putrefacción produce fuerte grado de calor. Según se dice, sus nidos, que ensanchan todos los años, y en los que se ven restos de coral cuando están colocados cerca del mar, alcanzan hasta 150 piés de circunferencia y 24 de altura.

5. — Entre las aves palmípedas ó nadadoras, el cisne negro (*cynus atratus*) es una de las rarezas de Australia. Excede á la oca en tamaño, y su porte es majestuoso. Realzan su negro plumaje algunas glándulas de color escarlata debajo del pico. Se le domestica fácilmente, pero por su instinto es muy salvaje, y advertimos ya que en el río llamado de su nombre río de los Cisnes (Swan-River), y sobre cuyas aguas abundaban en otro tiempo, no se les encuentra sino en la parte superior de su curso, poco frecuentada aún por los europeos. La colonia de Swan-River lo ha tomado por emblema, y las cartas que nos llegan de la Australia occidental llevan en el sello la imagen de un cisne nadando.

El gran pelicano (*pelecanus spectabiles*) encuéntrase, á veces en numerosas bandadas, en los ríos y lagos de Australia. Tiene más de tres piés de alto, con un pico largo de dos piés. Sus plumas son blancas, á excepcion de las alas y del lomo, que tiran á pardo. En la ancha bolsa que le cuelga bajo la mandíbula inferior lleva hasta siete ú ocho libras de peces para alimentar á sus pequeños.

El ánade australiano (*anas Novæ-Hollandiæ*) habita en los montes con preferencia á las llanuras; pero á fin de encontrar agua franquea rápidamente las mayores distancias. Se le ve posar con tanta frecuencia sobre los árboles como en el suelo, cuando no toma sus jolgorios en el agua. Su plumaje es gris, con las extremidades de las alas blancas. Pone sus huevos cerca de las balsas de agua, y los empolla durante veintiun días.

Además de las 183 especies de aves propias de la parte occidental de Australia, vense muchas otras que viven sobre toda la superficie de aquel continente. Mencionemos el encantador picorajo, el ánade almizclado, el hermoso gorrion de copete, la oropéndola (*loriolus*) de colores tan vivos que se le ha dado el sobrenombre de príncipe-regente, y entre las aves más comunes, la perdiz, la tórtola, la becada, la golondrina, el mochuelo, el buho, el gracioso pequeño collalba, cuyo plumaje centellea al sol como un conjunto de piedras preciosas, y que se cree es el *origma rubricata* de los naturalistas; y por último una multitud de otras aves de color más ó menos vario, y más ó menos armónicos en sus cantos, que pueblan todas las solitarias selvas de aquel nuevo mundo.

LITERATURA NEO-CALEDONIANA.

II.

TEA DIANU.

Tea Dianu, ó el jefe de Dianu, vivía en Uebia. Allí tenía sus grandes chozas y los diversos compartimientos destinados á la comida, á las danzas y á los demás ejer-

cicios acostumbrados en la época de las reuniones y de las fiestas. Era padre de cinco hijos: Tea, heredero presunto de su jefatura; Munu, el segundo jefe; dos muchachas, Kabo é Igué; y, en fin, Diengüelot, el último de todos. Tea Dianu era viejo, y la muerte no tardó en separarle de su familia. En el momento de su muerte hallábanse solas cerca de él sus dos hijas.

—¿Qué harémos, se preguntaban, en presencia de nuestro padre difunto? Llamemos á nuestro hermano Tea para que venga y vea á su padre.

Pero Tea, sobrecogido de miedo, dijo:

—¿Por qué me llamais? Temo demasiado al espíritu de mi padre: prescindid de mí, y sepultadlo.

Y las dos hermanas hacen sepultar á su padre según la costumbre establecida, después de lo cual lo disponen todo para la fiesta fúnebre. Convocan á los hombres de la montaña, á los hombres del llano y á los que habitan en las orillas del mar. Los súbditos y los amigos de Tea Dianu se reúnen, lloran, hacen ofrendas, y después de haber cumplido el ceremonial de costumbre cada uno se retira á su casa.

Y luego ambas hijas vuelven á quedar solas, lo que se le hace muy triste á Kabo, la que dice un día á su hermana:

—¿Vamos al mar para pescar y reunir mariscos?

—Vamos al mar, dice Igué.

Ambas hermanas hacen buena pesca, y vuelven con multitud de peces y mariscos. Prepáranse á cocer su pesca con taros y batatas. Y Kabo dice á Igué:

—Envuelve bien el pez que ves aquí, pues tengo que hacer un largo viaje, y me servirá de alimento durante el camino.

—¿A dónde quieres ir? preguntó Igué sorprendida.

—Parto...

—¿Te atreverías, Kabo, á dejarme enteramente sola? Si tú partes, también partiré contigo.

—No podemos partir juntas, y conviene que permanezcas en el país de nuestro padre. Ayúdame á llevar mi paquete hasta el camino.

Hé aquí que caminan ambas hermanas. Pronto recibe Kabo de manos de Igué su pequeño bagaje. Esta regresa llorando al pueblo paterno, mientras se aleja su aventurera hermana.

Anda, anda, anda, dejando tras sí el país de Tea Baak (Budé).

Anda, anda, anda, dejando tras sí el país de Tea Muelben (Pueblo).

Anda, anda, anda, dejando tras sí el país de Tea Puma (Balada).

Anda, anda, anda, dejando tras sí el país de Tea Aobat (Arama).

Anda, anda, anda, y encuéntrase por fin á orillas de Puaiaram, estrecho que separa la grande isla de las islas Nenema.

Jebaba, poderoso genio de ese río, advierte la indecisión de la viajera, y la llama é invita á alojarse en su morada. Kabo, detenida por las aguas del estrecho, consiente en seguir á Jebaba hasta su cabaña. Este dice á su hija:

—Trae pronto bananas y taros para esta extranjera, que en adelante debe comer aquí.

Y hé ahí á Kabo destinada á ser esposa de Jebaba.

Algunos dias despues Tea Aobat promueve un gran *pilu*, al cual son invitadas todas las tribus de las cercanías. Jebaba acude á la fiesta con su hija, y Kabo les acompaña. Durante los regocijos esta jóven atrae todas las miradas. Tea Puma envia á uno de sus súbditos con objeto de pedirla por esposa. Ella rehusa. Tea Aobat hace la misma diligencia. Ella rehusa. Tea Nemema viene á solicitarla á su vez. Ella rehusa. Por fin Tea Belep Tsiaup le hace la misma proposición. Ella acepta presurosa.

(Aquí empieza lo maravilloso, pues los tres personajes que estarán en escena, Tsiaup, Jebaba y Mandiapundop son considerados como genios poderosos).

Teniendo, pues, Tea Tsiaup el consentimiento de Kabo, lo dispone todo para su viaje, y parte durante la noche sin ser visto, conduciendo su nueva esposa á su país, á la isla Nit. Terminado el *pilu* de Aobat, Jebaba y su hija vuelven á su pueblo, pero Kabo está ausente.

—¿En dónde está Kabo? pregunta Jebaba á su hija.

—Lo ignoro: ha sido arrebatado durante el *pilu*.

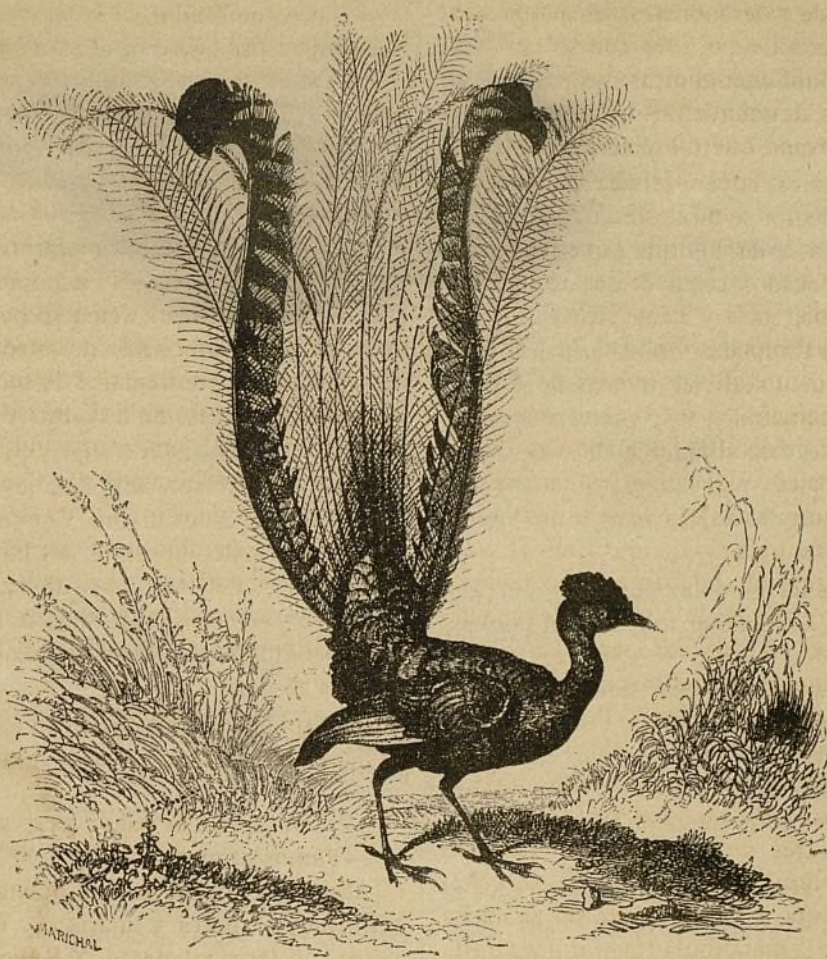
—¿Quién la ha arrebatado?

—No hemos visto ni oído decir quién fué.

—¿No habia dicho yo que seria mi esposa? Mas, ya conozco al temerario... Quédate aquí. Voy en su busca, y sabré muy bien encontrarla.

Dirigese á la morada de Mandiapundop, que habita en los arrecifes.

—Vengo á de-



AUSTRALIA OCCIDENTAL.—Ave lira. (Pág. 355).

cuentran, pues, á Kabo sola en la cabaña: entran, la prenden y llevan por fuerza al país de Jebaba.

Al concluir de hablar con sus súbditos, Tea Belep vuelve á su morada, y llama á Kabo, quien no responde. La busca, y no la encuentra; se dirige al río, y allí reconoce las huellas de los raptos.

—¡Ah! exclama; Jebaba me ha arrebatado á Kabo.

En su turbacion y en su cólera, parte; encuentra á Kabo en la vivienda de Jebaba: tómalala, y vuelve á Nit.

Así que Jebaba reconoce la nueva ausencia de Kabo,

provéese de una piedra cortante, y llega á la cabaña de Mandiapundop para noticiarle el nuevo rapto y rogarle vuelva á acompañarle.

—¿Qué traes aquí? le pregunta éste viendo la piedra cortante. Si quieres ir á Nit con el intento de derramar sangre, rehuso acompañarte. Deja, pues, esta piedra, y partamos.



AUSTRALIA OCCIDENTAL.—Casobar de casco. (Pág. 355).

—No, dice Jebaba; esta piedra debe seguirme.
E insistió para llevársela.

—Te lo repito, dice Mandiapundop, no quiero coope-
rar en ningún designio sanguinario.

Parten, y en breve llegan á Nit. Encuentran á Kabo
que dormía en su cabaña separada. Jebaba acércase, y
hunde la piedra cortante en el seno de Kabo.

—¿Qué haces? exclama Mandiapundop queriendo de-
tenerle. ¿No te he dicho que no quería ser testigo de
ningún acto de crueldad?

Jebaba sólo da oídos á su cólera: quiere acabar lo que
ha comenzado, y al momento su víctima exhala el pos-
trer suspiro. Todo está concluido, y se vuelven apresu-
radamente. Tea Tsiaup regresa al lado de su mujer, y la
encuentra sin vida y bañada en su sangre. Su dolor no
tiene límites: ese día es un día de lágrimas y no inter-
rumpidos sollozos.

Entre tanto el alma de Kabo, veloz como lo son los
espíritus, se transporta á Uebia, y aparécese á su herma-
na en el país de su padre.

—¡Kabo! ¡Kabo! exclama Igué sorprendida; ¡eres tú!
¿Qué tienes, pues? ¿de dónde vienes?

—Estoy muerta; se me ha quitado la vida. ¿En dón-
de está Diengüelot? ¡Pronto, pronto!

Igué llama á Diengüelot, que acude al momento para
cumplir las órdenes de Kabo.

—Apresúrate, le dice: toma una embarcación, y vé á
buscar mi cuerpo, que encontrarás yacente sin vida
en Nit.

Diengüelot parte, conducido por el espíritu de Kabo,
y llega á Nit.

—¿Quién eres? pregúntale Tea Tsiaup viéndole llegar.

—Soy yo, Diengüelot.

—¿Qué vienes á hacer?

—Vengo á buscar el cuerpo de esta mujer, á quien se
ha dado muerte aquí.

Tsiaup entrega á Diengüelot los despojos mortales de
su hermana, y él se los lleva para enterrarlos en Uebia,
lugar de su nacimiento.

Mas era tan grande el dolor de Tea Tsiaup no viendo
á Kabo, que no tenía un momento de reposo. Parte para
Uebia, y al llegar:

—Diengüelot, ¿en dónde está Kabo? pregunta.

—La hemos enterrado.

—No, no la enterreis; quiero verla.

—Muerta hace algunos días, no puede ser vista sin
horror.

—Es preciso que yo la vea.

—Pues bien, ya que insistes, vén, y reconoce por tí
mismo la verdad de lo que digo.

—Sí, sí; quiero ver á Kabo.

Dirigense al cementerio. Al llegar al lugar en que se
le había dado sepultura:

—Hé aquí á Kabo, dice Diengüelot mostrando las es-
teras en que la habían envuelto.

—Estoy para tomarla y volverla á Nit.

Diengüelot estupefacto, dice:

—¿Qué pretendes hacer de un cadáver podrido? Si
quieres una esposa, toma á Igué, hermana de Kabo, y
llevátela.

—No; quiero á Kabo.

—¿Qué harás de ella? vuelvo á preguntarte.

—Sólo quiero á ella.

Y empezó á llamarla por su nombre:

—¡Kabo! ¡Kabo! ¡Kabo!

Y ésta, oyendo la voz, aparta su sudario, siéntase,
luego se levanta, y juntos vuelven á la casa paterna. En
breve Tsiaup dice á Kabo:

—¡Partamos!

Y van á habitar de nuevo en la isla Nit.

OBSERVACION. — Sin detenernos á hacer la crítica lite-
raria de ese relato heroico, harémos observar que los
neo-caledonianos son celosos de su nacionalidad, de tribu
á tribu. Así el autor se ha esforzado por interesar á sus
compatriotas, halagando su orgullo nacional cuando re-
presenta á Kabo solicitada por todos los jefes y dando la
preferencia al de Belep. Y para demostrar cuán feliz fué
aquella en su elección, pone de relieve el poder de Tea
Belep, quien, en sus luchas con Jebaba, en vez de in-
tentar darle muerte, como su enemigo, por el contrario
la resucita para vivir con ella.

COSTUMBRES CHINAS EN KIANG-SU,

POR EL RDO. P. DESJACQUES, DE LA COMPAÑÍA DE JESÚS (1).

IX.—Regalos del Cielo.—Regalos de la Tierra.

Los desposados han crecido en talla, en ciencia, en
virtudes ó en vicios; cuentan diez y ocho ó veinte pri-
maveras, y conviene proceder á casarlos. Los hay que
se casan á quince ó diez y seis años.

Con seis meses por lo menos de anticipación, la fa-
milia del Cielo manda una carta anunciando el día en
que piensa presentar los regalos. Es de buen tono de-
volverla dos ó tres veces para manifestar cuán querida
es de toda la familia la novia y cuán sentida es su sepa-
ración; quisiérase gozar todavía de su presencia, y esto
por el mayor tiempo posible. Pero, en fin, es preciso
rendirse á tan reiteradas instancias; la carta es aceptada,
y en el día señalado son llevados los presentes.

Empiézase por ponerlos en ocho, doce ó diez y seis
platos embarnizados, cubiertos de seda encarnada, con
los bordes de seda verde, y con borlas y flecos verdes y
encarnados en los cuatro ángulos. Estos platos ó bande-
jas las llevan suspendidas del cuello otros tantos criados
con una cinta de seda verde. Ordinariamente se añaden
para los vestidos dos baules llevados por cuatro vigor-
osos mancebos. Todos van de gran etiqueta. Abre la mar-
cha el casamentero, en palanquin ó á caballo; sigue un
criado á pié, con las cartas que lleva ostensiblemente en
la mano en una gran cartera de lujo. A corta distancia
vienen los tam-tam, la música, los criados, los cofres,
unas grandes angarillas encarnadas, cargadas de carnes
y frutas. Por último, cierra el cortejo una ama de lla-
ves, llevada en una silla de manos y seguida de una
criada. Se escogen con preferencia los caminos más fre-
cuentes, y se mueve gran ruido durante todo el trayecto.

En casa de la familia de la Tierra se ha dispuesto pre-
ventivamente la sala de recepción, la cual está tendida
de colgaduras y adornada con festones y linternas. Es
privilegio del jefe de mendigos colocar y guardar el tapiz
encarnado que decora la puerta exterior: se le paga bien

(1) Véase la página 335.

y se le da de comer, con lo cual ningun otro mendigo se atreverá á acercarse y turbar la fiesta. Esto se observa en todas las circunstancias solemnes. Los regalos son recibidos con gran pompa en medio de la música y de la explosion de multitud de petardos; se les pone de manifiesto en la gran sala, y los parientes y los amigos son invitados á un festin para verlos.

Los regalos consisten en piezas de seda, frutas, caza, volatería, tortas, dulces, té y otras cosas útiles. Las joyas y vestidos están destinados exclusivamente para el uso de la novia. Si algunos de los presentes no corresponden á lo que se esperaba, es permitido devolverlos para hacerlos reemplazar ventajosamente; pero por lo general se tiene cuidado de prevenir este inconveniente, haciéndolos aprobar secretamente de antemano.

En cambio la familia de la Tierra debe enviar tambien otros regalos con el mismo ceremonial, de menos valor, pero más simbólicos. Estos presentes consisten en unas botas de satin y un sombrero de ceremonia para el jefe de la familia; zapatos bordados y polainas tambien bordadas, para la madre; botas, un sombrero y piezas de tela de seda para un vestido, con destino al esposo. Se tiene aquí por una fina muestra de galantería poner además en la bandeja un par de zapatitos para la esposa; porque la elegancia del bello sexo está basada en la pequeñez de los piés, de lo cual resulta que mirar con curiosidad los piés de una mujer es grave insolencia. En cuanto al casamentero, se devuelve, en los regalos del Cielo, la cantidad que iba destinada a él, añadiendo la mitad más de lo pactado. Vienen luego los emblemas, que son: dos jarrones de porcelana pintados de flores, en los cuales se ha plantado un pino y un cedro; un dragon, emblema del esposo, y un águila, emblema de la esposa; un par de ánades silvestres; muchas cajitas ó cofrecitos con un mancebo y una doncella en miniatura cada una; cebollas de flores de lis, atadas de dos en dos en papel encarnado, etc. Tambien el dinero destinado á los criados portadores de los regalos se pone de manifiesto en una bandeja. En último lugar vienen las cosas más preciosas, á saber: dos cajas redondas cubiertas y selladas, conteniendo envueltos en seda sujeta con ricos alfileres, la una la escritura de esponsales, y la otra el horóscopo en letras de oro ó plata cosidas sobre satin encarnado. Es bastante comun añadir algunos lingotes de plata.

La casa de la familia del Cielo está tambien adornada é iluminada para recibir los regalos; los parientes y amigos son igualmente convidados á un banquete para verlos, y no falta la música con explosion de petardos. Mas para la recepcion de las cajas redondas se observa un ceremonial muy particular. Los dos portadores tienen cuidado de quedarse un poco atrás, y, así que son solemnemente introducidos, vuelven á empezar con nueva furia las sinfonías y los petardos. En el salon hay una mesa puesta para recibir aquel precioso depósito; se encienden cirios, se quema incienso; hecho lo cual los mismos portadores vuelven á tomar su tesoro, y se les invita á pasar á las habitaciones inferiores, á donde les sigue toda la parentela. Una vez allí se colocan de frente, y los espectadores forman círculo al rededor. Procédese entonces á la ruptura de los sellos, para lo cual se designa á una pareja escogida, de buena familia, ben-

decida con una numerosa posteridad, pero sobre todo que no haya pasado á segundas nupcias. Cuando todo está dispuesto, los dos respetables personajes se adelantan gravemente, hacen los dos á un mismo tiempo tres profundas reverencias, juntando primero las manos sobre el pecho y levantándolas luego hasta la frente; en seguida rompen los sellos, levantan un poco las tapas y se retiran gravemente como á la ida. Al punto se presenta la madre de familia para recibir las dos cajas, se da una propina á los portadores, y todos á porfía se apresuran á satisfacer su curiosidad y á hacer las observaciones que les ocurren,

XII.—*Preparativos de las bodas.*

Pocos dias despues del cambio de regalos, la familia del Cielo hace presentar una carta fijando el dia de las bodas. Tambien es de buen tono devolverla por dos ó tres veces; pero como por fin es preciso ceder á tan reiteradas instancias, se contesta con una fórmula de sumision: «Estamos á las órdenes de vuestras eminencias.»

El dia solemne se acerca. El jefe de la familia se dirige con gran ceremonial á casa del casamentero y le invita á un banquete, al cual debe asistir toda la parentela: se trata de tomar las últimas disposiciones. Cuando se invita á la novia á salir, es costumbre hacer nuevos regalos á la familia, al padrino, á los músicos, á los artistas, á los adornistas y á todos los dependientes de la casa. Ahora bien, todos estos puutos, así como el programa de la fiesta, deben estar arreglados de antemano, y ordinariamente el infatigable casamentero aún tiene que ir y venir muchas veces antes no se ponen de acuerdo. Por lo general todo se especifica por escrito. El conjunto es siempre el mismo; la cuestion está en el más ó en el menos, y la familia de la novia suele mostrarse muy exigente.

Por último, todo está acordado ya; nada puede retardar la celebracion de las bodas. Entonces el casamentero es invitado á un banquete del cual es el héroe; se le gratifica de nuevo con una suma bastante gruesa para que pueda estar contento, y se le suplica que concluya el casamiento. Los parientes más remotos y los amigos de la familia, convidados con mucha antelacion, empiezan á llegar en gran número, llevando cada uno su regalito, que por lo comun suele ser en especie: al siguiente dia se contarán á centenares.

XIII.—*Sacrificio á los antepasados.*

A la caida de la noche del dia que precede á la vispera de las bodas, los maestros de la secta de la razon (Tao-zé) se dirigen respetuosamente á cada una de las dos familias para invocar el favor de los dioses y participar á los manes de los antepasados el grande acontecimiento.

El salon está iluminado; cuatro diablos de papel están instalados en una mesa en medio de un gran número de cirios, y se quema incienso ante ellos. Sirvese asimismo un banquete, á saber: una cabeza de cerdo con la cola (lo que se reputa por representar el animal entero), un ave, un guisado con vino, y luego despues frutas, tortas, dulces y té. Los Tao-zé recitan largas oraciones compuestas para las circunstancias; el tema es invariablemente el horóscopo de la parte ausente. Inme-

diatamente despues estas oraciones son arrojadas al fuego, en el que se echa tambien incienso; así son enviadas á los manes de los antepasados. Esta ceremonia religiosa dura cinco ó seis horas; los parientes y visitantes asisten á ellas meramente como curiosos espectadores, sin que parezcan tomar la menor parte en ellas.

Es inútil decir que los cristianos se abstienen absolutamente de estas prácticas supersticiosas, que sustituyen á veces con ejercicios de piedad.

EFEMÉRIDES.

17 AGOSTO 1873.—Muere en El-Obeid (Africa central) dom Pio José Hadrian, sacerdote benedictino de Monte-Casino, misionero del Africa central, á la edad de 26 años.

Nacido en una de las tribus de Sennaar, cerca del rio Azul, el jóven Hadrian fué arrebatado á su familia, á la edad de cuatro años, por los mercaderes de carne humana. Vendido y revendido varias veces en Nubia, fué por fin conducido al Gran-Cairo, en donde le rescató el reverendo Nicolás Olivieri, quien le envió á Italia y lo encomendó á los monjes Benedictinos de Subiaco. Allí aprendió los primeros elementos de la religion católica, y el 24 de Junio de 1853 fué bautizado en el monasterio de Santa Escolástica por dom Pedro Casaretto, entonces prior, y despues elegido abad general de la primitiva Congregacion de Monte-Casino. Hizo su primera Comunión el 26 de Abril de 1856, y recibió la Confirmación el 18 de Octubre siguiente, de manos del cardenal de Andrea. Habiendo ingresado el 16 de Febrero de 1861 en el noviciado de la Orden de san Benito, pronunció en él los votos simples el 19 de Mayo de 1863.

Alentado por una piedad ardiente, el jóven religioso adquirió rápidamente un sólido fondo de teología y notables conocimientos en liturgia, en música sagrada, en dibujo y en varios idiomas extranjeros. En 1867 sintióse atacado de una enfermedad de languidez, desconocida de los más hábiles médicos y rebelde á todos los remedios. Sus superiores, en la esperanza de que el clima de la patria triunfaria de su dolencia, rogaron al Ilmo. Comboni que condujese al Kordofan al jóven enfermo, quien se proponia, si recobraba la salud, consagrar su vida al apostolado de la nueva Mision.

El 16 de Junio de 1872 dom Pio fué ordenado sacerdote por el ilustrísimo Felipe Manetti, obispo de Trípoli *in partibus* y administrador de la abadía de Subiaco.

El nuevo sacerdote llegó á Verona, en el Instituto de las Misiones de Nigrícia, el 12 de Agosto inmediato; y el 3 de Setiembre tuvo el honor, con el ilustrísimo Provicario del Africa central, de ser recibido en Viena por el Emperador de Austria. El 26 del mismo mes partió para el Cairo, en donde pasó algunos meses en el Instituto de los Negros.

El 26 de Enero de 1873 partió para el Africa central con la caravana del Ilmo. Comboni, y al cabo de 96 dias de viaje por el Nilo llegó á Kartum, y el 20 de Junio se encontraba en la capital del Kordofan.

A fines de Junio, á pesar de la salubridad del clima de El-Obeid, dom Hadrian recayó en su antigua dolencia, agravada con una violenta disenteria. Fuése debilitando progresivamente, y al cabo de veinte dias de vivos sufrimientos, soportados con resignacion cristiana, entregó su alma al Criador. Sus compañeros del Kordofan nunca olvidarán esta primera flor del sacerdocio indígena del Africa central.

NECROLOGÍA.

Wellington (Nueva-Zelandia).—El 22 de Diciembre de 1880 murió el Rdo. P. Juan Estéban Pezaut, de la Sociedad de Maria. —Nació en Chanonat (diócesis de Clermont) el 17 de Mayo de 1811. Terminados sus estudios teológicos en el seminario de San Sulpicio de París, el jóven presbítero ejerció primero el santo ministerio en una parroquia de su diócesis, hasta que á principios de 1839 solicitó el favor de

ser admitido en la Sociedad de Maria. Apenas hubo profesado partió con destino á Nueva-Zelandia. Los primeros años de su vida apostólica transcurrieron entre los maoris del Wakato, en la costa occidental de la isla del Norte. El intrépido apóstol, lleno de actividad y de celo, no omitió trabajo durante más de diez años por ganar almas á Jesucristo, y su ministerio fué bendecido por Dios.

Preparábase el misionero á gozar de los consuelos recibidos, cuando en 1850, al erigirse la diócesis de Wellington, tuvo que abandonar á sus neófitos para tomar la direccion del distrito de Wanganui. Allí encontró, en medio de los colonos, maoris católicos, y consagróse á ellos con el mayor cariño, trabajando á la vez con incansable celo en los intereses es-

pirituales de los colonos, que iban invadiendo cada vez más el país, abandonado poco á poco por sus antiguos moradores. A costa de los mayores sacrificios el P. Pezaut habia terminado en Wanvanui, en 1860, la construccion de una iglesia que entonces era tenida como la mejor en toda la Nueva-Zelandia, cuando enfermedades contraidas por el exceso de las fatigas y privaciones le obligaron á tomar reposo y retirarse á la provincia de Malborough. Allí ayudó primeramente en sus fatigas al P. Sauzean, establecido en Bleinsheim, y más adelante se encargó, en la misma provincia, del distrito de Picton, el más pobre y el más difícil de administrar.

Durante el año anterior, el P. Pezaut, falto de fuerzas, tuvo que abandonar momentáneamente á sus fieles de Picton y volver á Bleinsheim, en donde entregó apaciblemente su espíritu al Señor á las diez de la noche del 22 de Diciembre último, contando setenta años de edad y cuarenta y uno de su profesion religiosa.

Su cadáver, acompañado de más de setecientas personas de Bleinsheim, fué transportado solemnemente á Picton, en donde se habia reunido la poblacion entera, católicos y protestantes, deseosos todos de dar este testimonio de afecto al apóstol de su país.



DOM PIO HADRIAN, misioneros del Africa central.